

Historias de un Origen: Las Crónicas del Caos - Noctis

Ignacio Madrigal



Capítulo 1

Prólogo

Amanecía un día de cielos negros y luz oscura, una villa se vislumbraba al fondo, más allá de los bosques que rodeaban la ciudadela. En las murallas había numerosos guardias que nos protegían y vigilaban para evitar que ningún rufián o alguna criatura pudiera traspasar al débil núcleo de la ciudad. En las calles del quinto círculo ya empezaba la actividad de mercaderes y la gente empezaba a salir de sus viviendas para ir al mercado o para dirigirse a sus respectivos puestos de trabajo. Para mí amanecía un día en la más absoluta oscuridad y sin nada que hacer más que recorrer la mazmorra en la que estaba encerrado y de la cuál conocía todos los rincones. A través de las gruesas paredes de ladrillos se oía el cambio de guardia, había pasado más de un año y medio, si hacía caso a mi reloj biológico, solo faltaban tres días más para poder recuperarme lo suficiente como para salir de allí, si no se cansaban antes y me ejecutaban. Era la guardia de el único soldado que no tenía el alma de uno, se llamaba Zeco, él trataba a todo los prisioneros como personas, y no como los despojos que la mayoría éramos.

Ya habían pasado tres horas, se acercaba otro cambio de guardia, Zeco se acercó a mi celda, era la última, también estaba despojada de cualquier tipo de entrada para la luz, a diferencia del resto. Para los humanos era una aberración, y para los monstruos era un despojo, un mestizo sucio e inútil. Estaba absolutamente sólo, no podía sentir nada, no tenía amigos y me era imposible conseguirlos, era uno de los numerosos bienes que me estaban vetados. No había lugar en el que no hubieran oído hablar del asesino que tenía un ojo negro y el otro blanco, del asesino que no tenía sombra, nombre o rostro; no había lugar en el que me pudiera refugiar más que en mí mismo. Zeco abrió una pequeña rendija con la que me observaba, no era algo muy difícil, estaba pálido; me preguntó si tenía sed o hambre, que era la única oportunidad en la que podía pedir algo.

Tenía la garganta más áspera que el papel de lija y le pedí algo de agua y aunque fuera unas gachas, era lo único que me atrevía a pedir, era lo que más sobraba en las cocinas e intentaba no levantar sospechas para que el buen guarda no tuviera que sufrir ninguna consecuencia, me había encariñado de él. Mientras él había partido a buscar mi petición me asomé por la rendija que él había dejado abierta, se podía oler aire más limpio que el que tenía en mi prisión y esperé que se ventilara aunque fuera un poco aquella prisión en la que me encontraba. Zeco no tardó mucho en volver a dejarse caer por allí, me metió un bol de madera con gachas y una cuchara y un vaso de metal con agua, me dijo que me apurara, que pronto le tocaría cambiar de guardia. Como ya era costumbre durante su

guardia, engullí lo poco que me podía traer en unos pocos minutos.

Imagino que vuestro afán de conocimiento os a llevado a esta historia, bien, antes de empezar quiero que quede algo muy claro, esta historia está plagado de lo que vosotros conocéis como dolor emocional y físico, dónde nada es lo que parece y dónde todo está perdido antes siquiera de comenzar. Bien pues, esta es mi historia.

Capítulo 2

Comienzos

Amaneció un día soleado cubierto de la amenaza de nieve proveniente de las montañas. Solo de eso se hablaba en el mercado a primera hora. Los guardias jugaban a las cartas y gritaban improperios con cada apuesta perdida. La muralla se erguía, intacta. Las casas se despertaban perezosamente, con cada ojo dispuesto de una manera distinta. ¿Yo? Yo me mantenía en vilo, aún quedaba un tiempo hasta que pudiera despertarme del todo, escuchaba los gruñidos de la celda contigua y me pegaba a la puerta esculpida en piedra mientras esperaba al cambio de turno, mientras esperaba a que llegara Zeco. Lamentablemente eso me daba mucho tiempo para pensar y para recordar, lo último que necesitaba era acordarme de mi historia. Lo peor de esos pensamientos es que en vez de evitar pensar en ello, te centras más en el tema que tratas de esquivar.

"Todo empezó durante un eclipse, de los que pasan cada diez años. Las dos lunas se alinearon para tapar el sol, en ese momento, por un bosque cerca de una villa perdida nació un niño. Como podéis imaginar, ese niño era yo, mi madre murió durante el parto. Estaba sólo, perdido en un mundo inclemente para los débiles, y yo en ese momento lo era. Mi padre, una criatura que fue cazada por los rastreadores, me dio lo necesario para sobrevivir mis primeros seis años de vida. Todo cambió cuando un equinoccio de verano los rastreadores me descubrieron al acercarme de más a un pueblo, más por curiosidad que por necesidad. Me asignaron una familia cuando descubrieron que era huérfano, no sabía hablar y que nunca había estado en sociedad. La familia que me asignaron se dedicaba a la herrería, todos trabajaban en el negocio familiar para ayudar a la casa; me consideraban un chico problemático, me gustaba estar sólo, no ayudaba en casa, solía estar ausente... Pero destacaba bastante en la escuela, tenía buena memoria y todo me resultaba sencillo una vez lo probaba..."

El ruido de unas pisadas por fuera de la celda me llamó la atención y me desvió de mis memorias. No me había dado cuenta de que me estaba paseando por la habitación. Se abrió una pequeña rendija en la pesada puerta y se vieron los ojos de plata de Zeco asomarse, ya sabía dónde solía estar, así que no tardó en encontrarme. La rutina diaria volvió a empezar, le pedía agua y gachas, me las traía, teníamos una charla corta, le devolvía los objetos que me traía y volvía a mi oscuridad. Empecé a hacer unos ejercicios para mantener mi rutina y practiqué unos nuevos.

Algo me decía que pronto se acabaría aquel encierro.

Capítulo 3

La oscuridad que devora tu alma

Amanecía un día blanco, las amenazas del hielo y nieve se vieron cumplidas durante la madrugada. Los mercaderes empezaron a trabajar antes incluso de lo normal, pues tenían que retirar la nieve. Las casas ya no despertaban, sus ojos permanecían cerrados, acaso unos pocos se atrevían a entreabrirlos para deleitarse con la visión que ofrecía la mañana.

Empezó a ascender el sol, y con él la actividad de la ciudad. Se podían distinguir las figuras de las calles abarrotadas, los golpes al escurrirse en el suelo y el movimiento en los callejones sinuosos. Los rateros y las malas gentes pensaban que a causa de la mala situación de las calles los guardias incumplirían su deber. Por una vez que lo hicieran no estaría mal, ese era el pensamiento general de los que concurrían aquella zona, y puede que de algunos otros también.

Aquel día tuvimos inquilinos nuevos en la prisión. Yo aún me mantenía en vilo, a diferencia del resto de prisioneros yo no tenía nada con lo que cubrirme del frío que recorría y mordía mi piel. Intenté calentarme frotándome las manos por todo el cuerpo, como era improductivo, empecé a correr por la celda, por primera vez agradecí que fuera más grande que un cubículo. Realicé mi rutina para calentarme, aquel día hice más ejercicio y me lo tomé con más calma, pues el parar de moverme implicaría la vuelta del frío, ahora con el añadido del sudor. Era medio día, tenía que esperar otro par de horas hasta que llegara Zeco para darme algo de comer. Por el ruido, las pisadas y los pocos quejidos del resto de prisioneros, a ellos si les daban de comer; otro derecho que se había quitado, ¿acaso les asustaba tanto? Me reí para mí al caer en la cuenta de que, de hecho, sí, sí les asustaba tanto. Es curioso que ellos me tengan miedo. Ya no tenía miedo de la entrada de los recuerdos, aún estaba en la parte feliz, me sentía como un gato que se ronronea a sí mismo para sentirse bien.

"Cuando cumplí los catorce años por fin era un muchacho "civilizado", era brillante en la escuela, sabía y era habilidoso en la forja, pero siempre hay un pero, estaba irremediabilmente solo, no me sentía unido a nadie, no encajaba en el grupo, era tan distinto de los demás que jamás pude hacer un amigo, era por eso que todas las tardes me dedicaba en cuerpo y alma a la forja por lo que era más musculoso que el resto de gente de mi edad, lo que me hacía desentonar más, y no a salir a jugar por el pueblo o a andar detrás de la falda de una dama como el resto de jóvenes de mi edad. En la villa, la edad de los catorce era un portal por el que al pasar

eras considerado adulto; y mi familia adoptiva se tomaba las costumbres muy en serio, eso os lo puedo asegurar. Fue la primera vez que estuve en la Ciudadela, mis padres nos llevaron a mí y a mi hermano por un asunto que tenían pendiente, nos dieron un poco de dinero y nos dijeron que cerca de la media tarde teníamos que estar en el carro. Mi hermano y yo nos separamos para ver que había en cada lado, él me sacaba un año: "sabíamos cuidarnos nosotros mismos". Terminé comprando una delicia llamada caramelo, era la primera vez que lo veía y probaba, me gasté casi todo el dinero allí, y únicamente guardé un poco para no considerarme irresponsable por habérmelo gastado todo. Era media tarde, no me había alejado mucho del carro, así que no tuve ningún problema en llegar. Entonces comenzaron los problemas..."

Cuando llegué a acordarme de esa parte, me incorporé repentinamente. Acordarme se eso es acordarme de cuando la oscuridad empezó a darle lamidas a mi alma, antes de devorarla al completo. Volví a oír un cambio de guardia y la voz suave de Zeco al atravesar los resquicios de mi puerta de piedra. Después volvió a comenzar la rutina de siempre, él iba andando por las celdas, conversando amablemente con cada uno de nosotros y le agradó ver caras nuevas. Por último, empezó con las celdas especiales; a mi entrada pude distinguir seis, incluyendo la mía. Esperaba que fueran más fenómenos como yo. Al final, Zeco llegó a mi celda y tuvimos nuestra conversación de siempre junto a la siguiente obtención de sustento. Otro día estaba acabando, pero aquel no se cubría con el negro manto de la noche, por primera vez en mucho tiempo, las lunas brillaban con fuerza, propagaban un mensaje que a las gentes de la religión ortodoxa de la Ciudadela asustaba, pero para personas como yo, déjame que me ría un poco, eran un grito de advertencia, ¿para qué? Esa es una gran pregunta, puede que fuera porque iba a volver al mundo de la Ciudadela. En ese sentido puede que llevasen razón; solo dos días más.

Capítulo 4

Paladas de dolor

Esta vez, la mañana transcurrió de forma calmada y tranquila, siguiendo una rutina; como toda buena ciudad que se precie, tenía un orden que regía por encima de todo: los ricos podían apuñalar a los pobres; la media clase podía dar o no dinero a los vagabundos; y los pobres de la clase baja merodeaban con la esperanza de encontrar a alguien de la clase media y no a los putos nobles. La parte baja del escalafón vivían en el quinto y cuarto círculo; el pueblo llano vivía en el cuarto y tercer círculo, junto con los mercaderes; los nobles, la prisión y los barracones se encontraban en el segundo círculo, puede incluso que hubieran construido alguna biblioteca mientras estaba encerrado; y el último círculo era la residencia de la familia real.

Pero no os equivoquéis, lo interesante no fue la mañana, aunque hubo algunas muertes, lo que realmente importa sucedió por la tarde. Era la primera vez que conseguía dormir hasta la tarde en mucho tiempo, pero tranquilos, no os estoy señalando esto porque pudiera dormir bien, no, os lo señalo porque es el momento en que en las villas de los bosquejos se armaban para una revuelta. Imagino que el día se podía resumir así: "El día transcurrió como un riachuelo tranquilo recorriendo su cauce, a media mañana comenzó a llover, y a la noche, el río salía de su cauce". Bueno mejor pensado se podía comparar con una chimenea, el fuego cuando está dentro está bien, pero cuando sale, lo consume todo a su paso. Sí, esta comparación es mejor. Pero volviendo a lo importante, que soy yo, aquel día un guarda que no era Zeco me trajo la comida. Nuestra conversación se podía clasificar de corta y específica:

— ¿Te crees que soy imbécil? No me voy a comer esa mierda – Me di un momento para olerla a pesar de que el vacío de mis entrañas me empujaba a comérmelo –. Ni siquiera has dejado que se pierda el rastro del veneno, pensaba que era yo el que estaba desesperado, pero fíjate tú, la capital también quiere verme muerto. Cómete tú tu asqueroso veneno, que encima será barato, al menos me podríais haber traído cianuro, moriría con un sabor delicioso a almendras amargas, o incluso a arsénico, no me daría cuenta de que me estoy envenenando, pero no. Me tuviste que traer la bazofia de la antrofermía – El sarcasmo salía solo por mi boca –. A mí matadme con clase anda, o si no me voy a negar a morirme.

— Vas a morir tarde o temprano, solo voy a acortar tu sufrimiento...

— ¡Ja! Esa sí que es buena, no, tú lo que estás haciendo es darte a ti, y a tus superiores el gusto de quitarme de encima, pues que sepas que si me queréis matar necesitaréis más que esto – Después de terminar de hablar me comí el plato que tan malditamente se presentaba frente a mi hambruna –. Realmente sabe a mierda, no me lo creía cuando me lo dijeron.

— Acabas de firmar tu sentencia de muerte, monstruo – Su voz aflautada no encajaba con la supuesta amenaza que había dejado flotando.

— Si de verdad crees eso, ven en media hora, que es cuando se supone que ya tendría que estar muerto; o mejor, no te vayas y juguemos a las cartas. O a los dados, he oído que las apuestas no te van bien.

— Volveré en media hora, y me reiré de ti al ver tu cadáver en el suelo –. Sentenció con la cara enrojecida por la rabia.

Me volví a quedar sólo, sabía que ese veneno no me podía matar, lo habían intentado otras veces, la putada es que dolía bastante. No era inmune al veneno, seguramente vomitaría sangre por una semana o me colapsaría un pulmón. De todas formas, no es lo peor que me ha pasado. Tuvieron que pasar otros diez minutos hasta que empezara a sentir las paladas de dolor que me provocaba el veneno al pasar por mi organismo.

El cabrón del carcelero volvió para ver si estaba muerto, al ver que no lo estaba intentó mover la puerta. Obviamente no pudo, ¿quién carajo podía mover una puerta de piedra pura, por muy cincelada que esté? Se limitó a lanzarme miradas de odio durante otros veinte minutos. Al ver que no estaba por la labor de morirme se marchó con la mirada fijada en mi rostro sonriente e irónico. Aquel día no pude dormir, el dolor en el estómago me recordó al día en el carro...

Capítulo 5

El último estadio de la infancia

Amaneció un día gris, la tormenta de fuego avanzaba por los Bosquejos Helados, el humo se alzaba por cada enclave de las afueras. La tormenta eléctrica también amenazaba con descargarse en la Ciudadela, por muy desnutridos y débiles que estuvieran los pobres de las calles de la Capital, aún podían causar grandes revuelos. La mayoría formaron parte del ejército en su momento. Fueron compañeros de armas, se acordaban de las técnicas de combate, al menos mejor que los pollos que habían llegado ahora para sustituir a los veteranos. Yo me mantenía como buenamente podía mientras vomitaba sangre en un rincón de la celda, más me valía que no se extendiera o me podría producir mi propia epidemia. Opté por tumbarme boca arriba en la paja que tenía como lecho para evitar cualquier ataque inesperado de mi cuerpo. Como venía siendo costumbre en los últimos días, comencé a recordar. Ya no sé si era masoquista o que pasaba conmigo, recordar mi juventud no me serviría para nada, pero eran recuerdos que no podía enterrar. Por mucho que quisiera, según parecía.

"Aquel día en el carro... Fue el peor día de mi infancia, no había nada que compitiera con aquello. Mis padres llegaron al carro, y como solo faltaba mi hermano, esperamos. Empezó a oscurecer el cielo y mi hermano aún no llegaba, buscamos a un guarda y le contamos lo que sucedía. Al anochecer el guarda nos encontró y nos informó que mi hermano estaba en un callejón, por lo menos era la última vez que lo habían visto. Mis padres ya sabían lo que había pasado, y sinceramente, en mi interior, yo también. Pero ignorante de mí, salí corriendo al callejón con el soldado, dejando a mis padres solos; eran errores que se sucedían unos a otros. Llegamos al callejón, y apuñalaron al guarda, intentaron hacer lo mismo conmigo, pero conseguí esquivarlo. El instinto que me transfirió mi padre volvió a emerger de la memoria tras ocho años. Desarmé a un asesino y apuñalé al otro en el cuello con mi recién adquirida arma; el desgraciado número uno intentó huir, pero yo era más rápido, conseguí reprimir el instinto lo suficiente como para preguntarle por mi hermano, y como "no sabía nada", me permití ensañarme con él. Primero lo castré, no decía nada, solo lloraba. Después empecé a cortarle uno por uno los dedos de la mano que no tenía sujeta. Como había entrado en shock, hice que no pudiera volver a despertarse, no sería una muerte rápida, no lo consentiría. Le hice un corte pequeño en un lateral del cuello, para que cuando despertara de su desmayo no le diera tiempo a salvarse. Tras este pequeño acto de crueldad volví a correr en busca de mi hermano, para encontrármelo tirado no muy lejos de allí, al ver su cuerpo tan rígido y en una posición tan absurda, casi como si fuera un muñeco, vomité; todo el

caramelo que había disfrutado salía entonces por mi boca con un horrible sabor ácido y amargo. Tras sobreponerme, volví llorando, corriendo lo más rápido que podía con el cuerpo de mi hermano cargado en mis hombros. Para cuando llegué a la carreta ya no había nadie, me asomé al interior para dejar a mi hermano y me encontré los cuerpos de mis padres. El día, que amaneció con esperanza y alegría, se cubría con un manto totalmente distinto. Me di cuenta de que no me arrepentía de lo que les había hecho a los hombres del callejón, ya no era el de antes; todavía tenía el cuchillo conmigo, no era una buena pieza, pero era eficaz, un híbrido entre bowie y seax, de damasco, no tenía ningún patrón determinado; era una hoja muy chapucera, pero me gané la vida con ella. Volviendo al momento del que hablábamos: los asesinos de mis padres aún andaban cerca, me vieron y vinieron a por mí. No me mataron, pero me dieron la paliza de mi vida, me rompieron ocho costillas, el brazo izquierdo y tres dedos del pie derecho. Me quedé marcado, tenía una ligera cojera los días más fríos. Tardé cinco meses en recuperarme, en ese tiempo mi cuerpo se acostumbró al hambre, a subsistir como buenamente podía y a ser una sombra en la ciudad. Aunque también sucedieron cosas bastante curiosas en el tiempo que pasé desde aquel momento hasta que me encarcelaron. En ese momento nació el asesino que todos temieron y despreciaron una vez. Tuve varios nombres, algunos merecidos, otros elegidos por mí, pero solo dos me los gané a pulso: mi nombre, el que me dieron mis padres, Alein, y el nombre con el que me bauticé como asesino, Noctis."

Capítulo 6

El tercer día

Amaneció un día negro, como el día que entré aquí, pero con la diferencia de que una tormenta de fuego se acercaba cada vez más a la Ciudadela. La prisión estaba desocupada de guardias, excepto Zeco, que ahora era nuestro constante guardián, nos daba conversación, jugábamos todo lo que podíamos, en fin, toda una utopía dentro de una prisión. Hablaba con los miembros de las otras cinco celdas especiales, sólo yo me quedaba fuera. Había recuperado todo lo que había

Amaneció un día negro, como el día que entré aquí, pero con la diferencia de que una tormenta de fuego se acercaba cada vez más a la Ciudadela. La prisión estaba desocupada de guardias, excepto Zeco, que ahora era nuestro constante guardián, nos daba conversación, jugábamos todo lo que podíamos, en fin, toda una utopía dentro de una prisión. Hablaba con los miembros de las otras cinco celdas especiales, sólo yo me quedaba fuera. Había recuperado todo lo que había perdido en aquel encierro: la forma física, la costumbre a envenenarme o a pasar hambre e incluso el dormir sin nada que me cubriera.

El día esperado por todos por fin llegó, la rebelión estalló en la Ciudadela, los prisioneros pensaban que así tendrían oportunidad de escapar, pero la realidad es que se los llevaron para ejecutarlos. De esta forma, al final de la semana solo quedábamos los seis del fondo. Los soldados habían sido llamados, incluyendo a la élite, aquellos que llevaban magia en las venas, no os penséis que es una frase ñoña de las que aparecen en cuentos, esta es la realidad, los que son capaces de hacer magia tienen otra sangre, su sangre es verde. Creo que es muy obvio el por qué lo sé. El día en que todos rezan, escuché una explosión en la primera celda especial, y así sucesivamente, hasta que se detuvo en el mío. Escuché a cinco personas discutir en mi puerta sobre liberarme o no, me reí en voz baja, en un momento tan crítico aún tenían dudas. Al final, gritaron para hacerse escuchar, que me pusiera de espaldas a la pared, soy imbécil y suicida, pero no tanto, hice lo que me dijeron y al momento la puerta explotó. Me quedé plantado en la pared que había elegido como cubierta, había muchos escombros, no es que me diera miedo, es que no sabía si podría correr después de caminar descalzo por allí. Me quedé quieto en un rincón hasta que vi a un hombre musculoso entrar por la puerta, sin pensar en otra cosa que en defenderme, le agarré del brazo y le inmovilicé. Tuvieron que entrar otras dos personas para separarme del otro. Eran un grupo de cuatro chicos y una chica, ella era la maga, le caía una gota de sangre por el lateral de la cabeza. Me hicieron arrodillarme en el suelo y pensé que me iban a ejecutar, nadie lleva a una maga a una prisión si no es para eso. Me agité en vano, el chico al que le hice la llave me estaba sujetando

y era imposible separarme de él, al final me calmé y miré a la chica a los ojos, parecía desconcertada. Me resigné a morir, ya había hecho demasiado y no tenía nada que me atara a ese mundo. Entonces me hablaron.

— Entonces este es el gran asesino, temido por toda la Ciudadela y por los reinos del Oriente. Me habría gustado encontrarte en una situación más agradable – Masculló un joven con los ojos verdes oscuros, al principio con voz queda, después con algo de tristeza –. Cuéntame, ¿cuál es tu nombre? Sé que tienes muchos, pero quiero saber el tuyo.

— Si te piensas que se lo voy a decir a uno de la capital, estas muy equivocado –. Le escupí en la cara.

— Ya me parecía raro que estuvieras tan dócil. No soy de la capital, soy tu vecino de celda, los cuatro que vienen conmigo también estaban encerrados aquí. Y respecto a tu nombre, imagino que es el que está grabado encima de la puerta de tu celda -Noctis-, buen nombre para un asesino. Me llamo Enl, un placer. Será mejor que nos vayamos cuanto antes, nos gustaría que nos acompañaras, pero eso ya es decisión tuya.

— ¿Crees que por un nombre ya me voy a ir con vosotros? En circunstancias normales, pediría toda la información, pero como no lo son solo pediré el nombre de todos y que el grandullón me suelte de una puta vez.

Al escucharme, el que me agarraba por fin me soltó, seguidamente, todos se empezaron a presentar, Atnar, el que entró a mi celda; Sheen, la maga que nos había liberado a todos tenía acento del norte; Ploit, uno de los que me separaron de Atnar; Karn, el otro que me separó, tenía una constitución de asesino, delgado pero fuerte, tendría que andarme con cuidado; Enl, el "cabecilla" del grupito. Me miraron expectantes y al final cedí:

— Noctis, asesino en la noche, ladrón de la magia, azote de la Capital y de los Reinos del Oriente, residente de las ruinas, y, demonio.

Capítulo 7

El nacimiento de un demonio

Todos me miraron extrañados, se preguntaban que tenía que ver un tal demonio en mi historia. Antes de que empezaran a preguntar les aseguré que se lo contaría cuando llegáramos a un lugar seguro. Antes de ir a ningún lado, fuimos a la armería donde, gracias a los estúpidos de los guardias, aún residían mis armas. Cogí mi cinturón, me equipé los siete cuchillos de la cintura, los dos con forma de garra del pecho, el punzón del hombro, la daga de la pierna, la hoja oculta del brazo, las espadas de mi espalda, el arco plegable (estaba muy orgulloso de aquello) con su respectivo carcaj en el bolsillo y enganche libre del cinturón, la bolsita de dinero debajo de la bota, y, mi capa; debo hacer hincapié en la capa, la diseñé yo, no la tejí, por supuesto, era una capa roja oscura y negra que se unían en una esfera lapislázuli cerca de la capucha, la cual era algo más larga de lo normal por razones obvias. Todo aquel proceso se alargó por quince minutos, y otros dos más en comprobaciones e improperios por haber perdido algunas toxinas de mi bolsillo oculto. Mis compañeros me miraban asombrados por la increíble cantidad de armamento que llevaba encima, ellos cogieron solamente algunos cuchillos y un arco. Me permití reírme un poco de ellos, tras volvernos a poner a punto, nos marchamos lo más rápido que pudimos a uno de mis refugios que no habían sido purgados por toda la Ciudadela. Según entraron, cerré la puerta y empezó la conversación:

— Sé que esperáis saber por qué me presenté como demonio, y os lo contaré, las deudas las respeto todo lo que puedo – miré hacia arriba acordándome de unas cuantas anécdotas en las que no se cumplía aquella norma –. No obstante, todo tiene un precio, espero recibir parte de vuestras historias igual que vosotros recibiréis parte de la mía –. Empezaba a preguntarme a dónde se habían llevado a Zeco, pues no lo vi en todo el trayecto que hicimos.

— De acuerdo, te lo contaremos todos, pero déjate de prorrogar esta situación, si vamos a huir juntos, debemos saber algo de nosotros para poder confiar en todos –. Otra vez habló Enl, se tomaba su papel de cabecilla muy en serio. Pensaba que podía arrebatarse ese puesto, pero me daba demasiada pereza asumir tantas responsabilidades de una, seguramente me rogarían que asumiera el puesto después de las primeras batallas.

— Bien, que empiece pues, la historia es la siguiente:

"Vivía en la Ciudadela desde hacía seis años, me sabía todos los rincones para poder escapar de cualquier imprevisto, ya había asumido mi papel como asesino. Ofrecían mil piezas de oro por mí, era el asesino más letal y el más buscado. Todos los indeseables con un objetivo y unas piezas de plata sabían dónde encontrarme, como todos dentro de una comunidad, nos protegíamos los unos a los otros como buenamente podíamos. Mi objetivo principal eran los nobles, desde mi punto de vista de aquel entonces eliminar a los cabrones ricos era un favor a la sociedad. Un día, se me hizo un encargo de los gordos, cinco piezas de plata por cargarme a un cabrón de la nobleza al que le tenía el ojo echado, de habérmelo pedido, creo que lo habría hecho gratis. Entonces, aproveché una luna hueca, todos sabían que tarde o temprano la persona seleccionada estaría muerta, pero era yo quien avisaba a los clientes después de la carnicería, como iba diciendo, una noche de luna hueca me colé en el palacio de aquel desgraciado. Toda su guardia estaba apostada fuera, pareciera que me estaban esperando, a lo mejor hubo un chivatazo, pero eso era imposible, nadie sabe cuándo actúo, terminé cagándome en la puta clase alta y entré al palacio por la cúpula que había en la zona de la sala de bailes. Estaba en todo el medio del palacio, ahora solo tenía que encargarme de buscar la habitación de mi futura víctima y largarme de allí igual que como había entrado. Empecé a descender por el muro donde me encontraba, llevaba ropa cómoda y ajustada, para reducir al mínimo el sonido por rozamiento, entonces, cuando fui a girar una esquina me encontré con que también había patrullas dentro de la casa. Ese noble estaría asustado de aquel al que llaman demonio, aún sin tener razones todavía para hacerlo. Tras más de media hora perdido en aquel lugar por fin encontré el dormitorio, entré lo más sigilosamente posible, me coloqué detrás de él y le clavé el puñal del antebrazo en el cuello ("Un momento, ilos cabrones me han robado mi daga! Qué bien me lo voy a pasar cuando los encuentre"), como todos los que no están acostumbrados a recibir dolor, emitió un chillido agudo y prolongado, aunque normalmente intentan disimularlo haciendo que se han asustado. Toda la guardia se puso en alerta y vinieron corriendo a los aposentos de mi reciente víctima, no había ventanas para escapar, la única salida era la puerta y no era capaz de enfrentarme a un pequeño ejército yo solo; entonces pasó algo que no había sucedido en seis años, mi instinto tomó el control, escondí el cuerpo en un armario, me lavé la sangre que tenía encima lo más rápido que pude, me hice un pequeño corte en el pulgar y entonces pasó algo extraño, ya no era mi cuerpo, lo controlaba, sí, pero ese no era mi cuerpo. Entraron todos los guardias y me puse en tensión, después se me quedaron mirando, miraron mi mano con sangre, en un rato lo único que hacían era intercambiar sus miradas entre mi cuerpo y mi dedo, pensaba que me habían descubierto y esperaba que salieran de su estado de sopor. Después, igual que como habían entrado, se fueron; no entendía lo que acababa de pasar, fui al baño para verme reflejado en el espejo, al verme reflejado me sorprendí, no era mi cuerpo, era el del noble al que había asesinado, temí por un momento quedarme así por siempre y deseé con todas mis fuerzas volver a como era antes, suena ficticio, pero mi

cuerpo me fue regresado y me fui tan rápido y sigilosamente como fui capaz. Desde entonces practiqué por la calle, veía a una persona y me transformaba en ella, antes de que se formara algún barullo, volvía a como era antes, obviamente, no podía hacerlo delante de toda la gente, me iba a un rincón apartado y hacía la ilusión, nadie se daba cuenta. Hasta un día, oh aquel maldito día; estaba yo practicando como ya era mi rutina y la guardia me siguió, me precedía mi reputación, pero nadie había visto mi rostro más que los clientes, y ellos no habían abierto la boca, no, ellos me seguían porque pensaban que era un traficante cualquiera, por eso se quedaron sorprendidos y asustados al ver lo que estaba haciendo, los oí salir corriendo, pero no le di importancia. La mañana siguiente me preparaba para mi recién adquirida rutina, cuando vi los carteles por el mercado, por los callejones y calles, era mi rostro y después un texto que rezaba: Puede que sea el que está junto a ti, es un demonio capaz de cambiar de forma. Era cierto, pero descubrí que también era capaz de convertirme en animales, los encargos así serían más fáciles, y no perdía las armas, no os creáis, mis cosas volvían a mí en la misma forma a como las tenía antes. Mientras leía el cartel me reconocieron y llamaron a los guardias, y así fue como después de matar a siete oleadas de guardias y cuatro magos, me terminaron llevando a la prisión. Esa es toda la historia que os voy a contar y os tendréis que conformar con eso, ahora os toca a vosotros, estoy deseando oír lo que hicisteis para convertirlos en mis compañeros de celdas especiales".

Al finalizar mi relato, había pasado una parte del día y todos mis compañeros me miraban asombrados, entonces Sheen empezó a murmurar.

— Si a mí casi me ejecutan por ser maga, ¿qué te habrían hecho a ti? —. Me miró fijamente y, en la profundidad de sus ojos caoba se podía distinguir un terror profundo e irracional de quién ha sido criado en los pilares de una religión donde los demonios son las criaturas más peligrosas y salvajes del mundo, aún más poderosas que los mismos etéreos. Aunque no era importante, también me percaté de que arrastraba las eses y las erres, era del norte por la forma de sesear y de la zona más oriental por como de fuerte hacía las erres.

— Sí, bueno, ¿quién tiene hambre? Tengo de todo, y lo que no, lo puedo conseguir en un momento — Cuando terminé de decir mis palabras, miré a todos intentando entrar en lo más profundo de sus pensamientos. Encontré cosas interesantes, aunque creo que se amedrentaron porque ya sabían con quién trataban —. ¿Nadie? Bueno, que se la va a hacer, intentad no hacer mucho ruido, podéis usar todo lo que queráis, haced alguna reunión elitista de las vuestras, yo me voy a dormir a una cama de verdad por fin. Ah, mañana espero vuestras historias, y rezad porque no me decepcionen.

Capítulo 8

Una misma historia

Me dormí de forma desconfiada, puede que creáis que es imposible hacer eso, pero se puede, es un sueño de vigilia y tener un cuchillo siempre preparado. Los oía hablar en el piso de abajo, yo me había asegurado de que no pudieran entrar, muchos candados en la puerta, pero no las tenía todas conmigo, si la maga pudo explotar una puerta de piedra pura, no le costaría nada romper una puertecilla de madera.

Ya habían pasado varias horas y los había escuchado moverse por el piso de abajo, después un golpe y vuelta al silencio. Me levanté, no encendí ninguna luz, me asomé a la ventana y vi que era de noche, las lunas podían verse saliendo de detrás de las montañas. Quité todos los candados y bajé, me los encontré a todos tumbados en el suelo o en el sofá, varios libros desperdigados por el suelo y la mesa con una copa extraordinariamente llena. Lo primero era lo primero, recogí los libros y los coloqué de nuevo en las estanterías, después les eché unas mantas por encima para que no se quedaran fríos, y después me llevé la copa a la cocina, y de allí me fui por detrás del enfriador al único cuarto que no habían encontrado, mi armería y laboratorio. Saqué unas gotas de la copa y las eché en un instrumento para comprobar si llevaba veneno, tardaría al menos media hora, así que revisé mi armería mientras tanto, miré que armas me eran necesarias para huir de allí, cuáles eran prescindibles, cuáles podían ser utilizadas por los otros... Mientras estaba revisando todo ello, sonó un goteo, volví a mirar mis instrumentos y vi que, en efecto, no había veneno. Ya tranquilo, terminé de clasificar las armas y tras unos ocho viajes los llevé todos a un cambiador que nos serviría como barracones.

Amanecía un día con una guerra que consumía una tierra de nieve, el inicio fue un relámpago que azotó a la capital y que rebotó en los pueblos que estaban distribuidos por el bosque. Fue un fuego que nació lento, pero que arrasaba todo lo que encontraba a su paso, incluida una villa conocida, una que estaba tan lejos que cierta persona esperaba que quedara fuera de la guerra, pero no fue así. Mientras todo eso sucedía, un joven de unos veintidós años estaba sentado en una silla, al frente de una mesa que se hacía interminable. Aquel joven estaba tomando una copa que, de tanto alcohol, se sentía amarga mientras observaba el lento movimiento inconsciente de las cinco personas que dormitaban en su casa.

Se empezaron a despertar, los vi moverse muy lentamente, como si tuvieran resaca. Me había imaginado algo de eso y estaba perfectamente

preparado, los vi levantarse uno a uno, muy lentamente, mirando alrededor desorientados. Fue ese momento de su desconcierto en el que me levanté, intentando no hacer ruido, cogí mi trozo de madera y mi cacerola, y entonces empecé a golpear el uno con el otro. Se giraron asustados, con una mueca a medio camino entre el dolor y el odio, y me espetaron que parara. Yo, que hice caso omiso por unos momentos, paré y les dije que no estarían así de no haber bebido la noche anterior mientras yo trabajaba.

— ¿Cómo pudiste trabajar anoche? – Me preguntó Atnar mientras se sostenía la cabeza como buenamente podía.

— Bueno, yo no estuve en ninguna reunión elitista, por cierto, os he preparado algo de desayunar para que se os pase la resaca, y me debéis una historia. Después ya hablaremos de irnos.

Y corriendo fueron a la cocina, donde mágicamente alguien había cocinado su especial contra la borrachera, lo más pesado que puedas meter en el cuerpo sin vomitar. Y mientras comían, iban pensando en que fragmento de su historia le contarían a aquel demonio, él, en cambio, disfrutaba gota a gota, sorbo a sorbo, su vaso que estaba a medias, cargado con una cantidad de alcohol que la mayoría no soportaría.

Ya regresaban de la cocina, me preguntaron dónde estaba el baño y se lo indiqué. Volvieron a irse al otro extremo de la casa mientras yo reflexionaba. Los había amenazado con algo no concreto si no me gustaba su historia, sabía que podía matarlos sin que lo supieran, pero los necesitaba; necesitaba sus detalles, sus historias, sus vidas para poder huir adonde mi pasado no me acose, sólo tenía que tratarlos bien durante un día más, y entonces por fin sería libre de las cadenas que me ataban, sin embargo, pasó algo que no había planeado.

Salieron del baño y se sentaron en la mesa, pasó un momento hasta que se coordinaron para hablar. Empezó la única dama entre nosotros:

"Mi historia es la misma que la de Enl, por lo menos desde que hui de mi tierra natal. Nací en uno de los pueblos independientes en posición más floreciente, se aceptaba a todos, hasta que cayó el sistema de gobierno que teníamos y volvimos a como era todo antes. Aquello que era distinto era exterminado o expulsado. Yo tuve una infancia feliz, pero conforme crecía, me educaban según era costumbre allí, tenía que saber cómo tenía que ser una buena mujer. Yo no quería nada de eso, pero sabía que todo lo que hiciera se lo harían pagar a mi familia. Estuve así, con aquella lucha interna por mucho tiempo, hasta que un día cambió todo. Paseaba por la calle volviendo a mi casa desde la casa de la casamentera, corría mucho aire y la arena tapaba mucho la visión, sentí que me agarraban de un brazo y tiraban de mí, intenté resistirme, pero eran más fuertes que yo. Eran cuatro hombres que querían... bueno, querían violarme. Estaba

asustada, nerviosa y enfadada, entonces estallé. No literalmente claro, pero me acuerdo de despertar después en mi casa y que mis padres me decían que dos estaban muertos, uno inválido y que a otro le faltaba una pierna ("Pues yo creo que hiciste bien. -Cállate Enl, ya tendrás momento para hablar después"), me culpé a mí misma por ello, pero no duró mucho aquello, mandaron tropas a mi casa para hacerme la prueba. Me cortaron la palma de la mano, y miraron mi sangre salir, era verde. Me encerraron en una prisión para tener tiempo de decidir que hacer conmigo. Conseguí escapar una noche que los guardias estaban borrachos y dormidos. Después crucé el mar que separaba mi ciudad de vuestro país, en el paso de las montañas conocí a Enl, quién me contó que también estaba huyendo, y desde entonces viajamos juntos, nos protegemos mutuamente. De esta forma conseguimos llegar hasta la capital, donde a mí me encerraron por felonía y a Enl por traidor."

Se quedó callada y me miró, no dije nada, sólo moví un poco la cabeza para señalar a Enl y que empezara a contar:

"Mis comienzos fueron distintos a los de Sheen, yo era un monje desde que era niño, mis padres serían unos viajeros que ya estarán muertos, entonces me abandonaron en un monasterio de las montañas, aprendí a leer, contar, escribir... en otras palabras, cosas que sólo se enseñan a los nobles. Cuando crecí, me convertí en el líder de aquel templo, pero no quería aquello, lo que yo quería era vivir aventuras que pudieran ponerme la piel de punta. Y lo conseguí, un día, en la noche, me colé en la habitación de un noble que nos había visitado y le robé su bolsa de dinero, después cogí su caballo y descendí hasta el pueblo más cercano. No me aceptaron, dijeron que entre ellos no querían monjes ni pordioseros. Cuando intenté volver al monasterio me echaron de allí, argumentando que el noble que nos había visitado me había jurado venganza de la peor de las maneras posibles. Entonces hui, fui a uno de los pasos más discretos de las montañas y fue allí donde conocí a Sheen, el resto de la historia ya lo ha contado ella"

— Entonces, ¿qué hiciste para terminar en una de las celdas especiales? — Me picó la curiosidad —. Bueno, podría decirse que aprendí cosas de un druida y que no les puse las cosas sencillas a los de la Ciudadela.

— Entonces tenemos entre nosotros a un druida, una maga, un asesino y a otros tres fenómenos por descubrir. Suena terriblemente prometedor — Suspiré con desánimo.

Capítulo 9

Un asesino y un repudiado

— Daos prisa en hablar que no tenemos todo el día, hoy es el último que pasamos en la capital, después solo vendrán conmigo los que han contado algo, el resto se quedaran aquí, porque si los encuentro siguiéndonos lo próximo que encontraran serán sus gargantas cortadas. Bueno, ¿quién de los tres quiere? ¿Serás tú, Karn, o tú Ploit? Incluso puede que lo cuente Atnar.

"Yo soy muy distinto a ti, Noctis, pero la vida me ha puesto en el mismo camino que te reservó a ti. Soy un asesino, nacido en una villa de los bosquejos, era todo normal hasta que decidí ir a la capital, según entré escuché a los guardias hablar de un asesino que estaba hecho de sombras que mataba a cualquier objetivo por el que se pagara. No sé por qué, pero me llamó la atención, al volver a mi pueblo disimulaba que no pasaba nada, pero todas las noches me escapaba para intentar sobrevivir a una noche en la intemperie con todas las criaturas rondando. Pasaron dos meses, mi comportamiento se volvió esquivo, temeroso y desconfiado, mis amigos y familia no me reconocían y aún no entendían en que me había convertido. Decidí marcharme, nadie me comprendía, me miraban asustados o con pena en el rostro, ninguna que pudiera soportar. Volví a la Ciudadela, llegué a uno de los bares de mala muerte para obtener mi primer contrato, y allí te vi, eras una sombra invisible a la vista de todos, sentado en la barra tomando una copa sin que nadie te molestara, cuando mi contacto vino a informarme de mi contrato y me vio mirándote fijamente me sugirió que dejara de hacerlo si no quería problemas, que no molestara a las Tinieblas, otro de tus nombres, por cierto. Mi primer contrato era para matar y saquear a una familia del quinto círculo, pero las condiciones no estaban de mi parte y me capturaron, lo distinto en mí es que conseguía escaparme todas las veces, hasta tal punto en el que consideraban un escapista. Pero un día se acabó mi suerte, vinieron con un mago mientras llevaba a cabo otro de mis trabajos y entonces no pude escapar, aunque conseguí terminar mi trabajo y matar a otros pocos guardias. Entonces me encerraron en una de las celdas, con otros dos compañeros." – Contó Karn

— ¿Tú eras el chico raro? Sabía que alguien me observaba y me extrañaba porque la mayoría o me evitaba o no se daba cuenta de que existía, menos el camarero, que me veía para ponerme las copas y para cobrarme. En fin, ¿quién quiere seguir?

"Yo era de otro de los pueblos de los bosquejos, pero yo era del norte, todos los aquí presentes, excepto la dama, sabemos cómo son los pueblos

del norte, tozudos, cerrados y peor que la inquisición del año de la Purga, yo era distinto, tenía ansia de descubrir cosas nuevas, de ver algo más que lo poco que teníamos, y así crecí. Mi familia me escondía, el pueblo me repudiaba, cuando cumplí los dieciséis me echaron, y me mudé a uno de los pueblos medios, me trataban como a un alquimista. En parte lo era, pero no hasta tal punto, desarrollé teorías, diversos productos que podían alargar vidas o acabar con ellas al instante. Era capaz de utilizar todo lo que se me ofreciera para diversos fines, me consideraban como a un Dios todopoderoso. Y entonces llegó la poderosa y renovada Inquisición, al encontrarme me quisieron ejecutar, el líder de aquella guardia me consideraba importante y me mandaron a la capital, donde podría redimirme si cooperaba con el núcleo oscuro y corrupto de la nobleza. Por supuesto me negué, entonces me encerraron y me conservaban con la esperanza que tras un tiempo cambiara de opinión, y así ha pasado el tiempo, cada fin de semana de mi encierro venía un guardia preguntando si había cambiado de opinión, y la respuesta siempre era la misma, no." – Ahora era Ploit quién terminaba de relatar.

— Entonces somos dos asesinos, un druida, una maga, un alquimista y uno que aún no ha dicho nada, ¿me equivoco? De puta madre, podríamos terminar con la Ciudadela en un momento, lo único que necesitábamos era una distracción y unas cuantas manos. Estamos en una revuelta, podríamos coronarnos en dos días –dejé escapar –. Pero ese no es el plan, nuestro único objetivo ahora es conseguir salir de aquí de una puta vez y buscar algún dónde escondernos. Pero bueno, hemos hablado todos menos Atnar.

Capítulo 10

Una grata interrupción

Antes de que Atnar empezara a relatar algo sobre su vida escuché una serie de pisadas ligeras por fuera de la puerta, hice un gesto con la mano para pedir un silencio total y por una vez me hicieron caso. Pasaron menos de cinco segundos cuando de repente escuché unos golpes suaves y rápidos en la puerta. Me moví intentando hacer el menos ruido posible, dejando a mis compañeros sentados, que, por una vez, también se quedaron sentados, Antes de que Atnar empezara a relatar algo sobre su vida escuché una serie de pisadas ligeras por fuera de la puerta, hice un gesto con la mano para pedir un silencio total y por una vez me hicieron caso. Pasaron menos de cinco segundos cuando de repente escuché unos golpes suaves y rápidos en la puerta. Me moví intentando hacer el menos ruido posible, dejando a mis compañeros sentados, que, por una vez, también se quedaron sentados, mientras iba avanzando a la puerta los golpes se iban haciendo más rítmicos y rápidos que terminaron con una patada, después silencio antes de volver a empezar. Cavilé unos instantes antes de recordar quién demonios llamaría a mi puerta de esa manera, y después me acordé. Antes de que fuera a dar la patada abrí la puerta y la pierna perdida al no encontrar su objetivo fue subiendo hasta encontrar mi estómago.

— Joder Naia, la próxima intenta contenerte, si no me hubiera echado para atrás me hubieras dado en un punto sensible.

— Lo siento Noctis, pero ¿qué te esperas? La próxima me abres en la primera o cuando estoy dando con los nudillos, o mejor aún, no te ausentes por dos años para luego tenerme aquí pasando cada día para ver si te has escapado de una puta vez, o incluso mejor, deja tus trabajos y empieza como dueño de una taberna con alguna cara que robes por ahí. Me da igual lo que hagas, pero no me dejes sola de nuevo – Naia no había parado en ningún momento para respirar y su cara y cuello estaban rojos, puede que la cara fuera también por el enfado o por el alivio de encontrarme de nuevo. Poco a poco su piel volvió a recuperar su tonalidad normal para luego volver a enrojarse al darse cuenta de lo que me había dicho –. ¿Te he dicho lo que creo? – Asentí – ¿Te ha molestado? – Negué levemente – ¿Me has echado de menos? – Abrí la boca para contestar, pero ella me echó una mirada fulminante para que no dijera nada, así – que me limité a asentir fervientemente –. ¿Puedo hablar ya?

— Te lo permito.

— En ese caso pasa antes de que venga algún curioso, aún no me han matado y mi recompensa sigue en pie.

— ¿Aún? Pensaba que era sólo por encerrarte – Iba diciendo mientras entraba. Al girarse descubrió que no estábamos solos –. Ah – Me miró –. ¿Lo habéis escuchado todo? –Preguntó mientras volvía a girarse hacia ellos, recibiendo una coordinada ola de asentimientos por parte de mis compañeros de mesa, y se puso como un tomate –. Lo lamento mucho – Dijo mientras intercalaba su mirada entre los cinco que estaban en la mesa y conmigo.

— No hay nada que lamentar, al menos tú puedes mantener controlado a Noctis – Dijo Enl con un tono claramente jocoso.

— Tampoco hace falta que me controle ella, ya lo hago yo, si no, no os hubierais despertado esta mañana. De todas formas, chicos esta es Naia; Naia, estos son... –. Les presenté como era debido para luego recibir otro sermón.

— Pero ¿cómo dejas que cojan nuestros libros? ¿Y cómo no mencionas si quiera que no eres su único anfitrión? – Me masacró una enrojecida Naia.

— Perdón, lo lamento. Pero no sabía si habías buscado algún otro sitio y sobre los libros, tenemos a una maga, un druida y un alquimista aquí, creo que ellos harían respetar los libros adecuadamente.

— De acuerdo, te perdono eso. ¡¿Pero cómo querías que me fuera a otro sitio si la última vez que nos separamos te fuiste a ver a tu contacto y me dejaste aquí plantada!?

Mientras tanto los seis espectadores observaban la escena con súbito interés, pues pensaban que Naia sería una mejor fuente de información que Noctis. Les dejaron continuar hasta que a Ploit se le escapó una carcajada que asesinó la conversación que mantenían Noctis y Naia.

— Lo siento mucho, lamento que tengáis que ver cómo estamos discutiendo, pero que se puede hacer si este, este... –. Seguía furiosa conmigo, pero se iba calmando mientras reflexionaba en que había dicho y volvía a enrojecer.

— Creo que quedamos que me llamarías Noit. Te resultaba más sencillo y a mí me gusta. ¿Ha cambiado eso?

— Como echaba de menos llamarte así, pero queda justificado porque estabas encerrado. ¡Dioses, que mal aspecto tienes! ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

— Estabas furiosa conmigo, cosa que entiendo. Te prometería que no cometeré más estupideces, pero no te quiero mentir, así que mejor te juro que me alejaré de todo peligro innecesario.

— Si se me permite participar en la conversación... – Enl se calló al ser fulminado por las miradas fulminantes de Naia y mía.

Y continuamos así durante toda la tarde, ella y yo discutiendo y charlando, ellos observando y escuchando y al final todos olvidamos que Atnar nos tenía que contar su historia.

Antes de continuar la historia permitidme describir a Naia. Naia es una joven de unos 20 años de estatura media para una fémina, es castaña y tiene los ojos tormentosos. Inteligente, leal, discreta y muy cariñosa. Dejo a vuestra imaginación una posible representación de su imagen.

Mientras yo preparaba la cena escuchaba fragmentos de una conversación que mantenían mis compañeros.

— Oye Naia, ¿qué relación hay entre Noctis y tú? ¿Sois pareja? –. Esa era la voz de Sheen. Me imaginé a Naia ruborizándose de nuevo mientras terminaba de preparar el entrante.

— No realmente... Compartimos la casa y vivimos juntos... – no llegué a escuchar esa parte de la conversación porque la carne chisporroteo y cayó grasa sobre el fuego haciendo que se avivase más – ...muy frío y no sé qué es lo que piensa. Siempre intento ayudarle, pero parece que me quiera apartar de su lado –. Sonaron unos sollozos apagados –. Pero no puedo hacer nada por cambiarle, él es así. Siempre ha sido muy salvaje.

— ¡¡La cena está lista!! –. Avisé para que se callaran y se prepararan para cenar.

— De acuerdo, voy a ir preparando el comedor –. Me replicó Naia. Terminé de emplatar todo y lo llevé al comedor mientras terminaban de sentarse.

— Más os vale ayudar a Naia y respetar sus cosas, en especial vosotros dos, ¿estamos? –. Dije dirigiéndome a Karn y a Enl.

— Sí me ayudan, Noit. No te preocupes tanto –. Se rascaba los ojos, los tenía levemente enrojecidos.

— ¿Qué ha pasado? – Pregunté al aire para que alguien me contestara a pesar de saber las respuestas.

— Que Sheen me ha contado una historia tan tierna que he terminado llorando –. Miré a Sheen para que me confirmara y me miró con temor

antes de asentir levemente.

— Me alegro de que sólo sea eso, bueno que empiece el festín.

Mientras cenábamos Atnar nos miraba a todos, con curiosidad. Estaba trazando un plan que no se ejecutaría hasta pasado un tiempo, demasiado para que me diera cuenta cuando debería haberlo hecho.

Capítulo 11

La noche de la revolución

Terminamos de cenar con un pastel de limón que se había quedado haciendo mientras nos comíamos lo que era propiamente la cena, unos entrantes y algo de carne. La cena estaba muerta, no hablábamos, todos comíamos en silencio y cada intento de empezar una conversación terminaba con un silencio más abrupto que el anterior. Pero había un intercambio de miradas que se asemejaban a una partida de cartas, todos atentos y tratando de descifrar un significado oculto. Sheen y Enl intercambiaban miradas curiosas y cariñosas; Karn y Ploit, una mirada profesional, midiéndose el uno al otro; Naia y yo, nos mirábamos de tal manera que nunca nos hubiera hecho falta hablar, lo expresábamos todo en ese contacto interminable, aprecio, preocupación, miedo... Y luego estaba Atnar, él comía con la cabeza gacha, con una mirada perdida que hacía la forma de una estrella de infinitas puntas.

— Esta cena parece más un velorio que una comida. ¡Vamos, hablemos de algo, aunque sea una discusión acalorada será mejor que esta mierda de silencio! – Dije, cansado del silencio, pues ya había tenido suficiente silencio durante mi encierro para mínimo otros tres años.

— En ese caso, tengo dos preguntas, ¿cómo conociste a Naia? Y, ¿cómo nos vamos a marchar de la Ciudadela en este caos? – Me preguntó Sheen, con algo más que mera curiosidad.

— Bueno, el plan aún lo estoy trazando, pero si todo sale bien, unos contactos míos – sentí la mirada fulminante de Naia nada más terminar de decir "contactos"-, fiables, nos van a ayudar a marcharnos mientras la cortina de humo de la revolución aún surte efecto. Y Naia, bueno, éramos dos barcos perdidos en la noche que amenazaban con estrellarse mutuamente.

— Pero ¡qué mal lo cuentas! De verdad Noit, algunas veces no te callas y otras veces hablas tan poco... Bueno, él y yo nos conocimos una noche en la que esperaba a su contacto, yo era su camarera por todo el tiempo que estuviera ahí sentado, bebiendo y ahogándose, y él a cambio me ofrecía su sonrisa cada vez que me acercaba. Al final, un día me armé de valor para preguntarle qué era lo que hacía allí cada noche, si le habían roto el corazón, y él me contestó que no, que era un asesino profesional y que esperaba a su contacto, pero me dijo que no le temiera, que por nada en el mundo me mataría – empezó a enrojecerse –, y me preguntó si tenía algún lugar dónde vivir. Ya sé que a cualquiera le parecería una pregunta fuera de lugar, pero tenía cierta confianza con él y le dije la verdad, que

no, que mi único techo era aquel bar. Me ofreció un sitio en su mesa y en su casa siempre que lo necesitara y aquí estamos -. Extendió la mano haciendo un ademán de cogérmela, y yo, por no dejarla plantada, se la di.

— Bueno, ella necesitaba a alguien y daba la casualidad de que estaba cerca. Retomando el tema del plan; supongo que después de cómo han ido las cosas estos últimos días, esta noche va a haber un asalto a al primer círculo, no será el ataque definitivo sino un tanteo. No va a haber un momento de silencio y van a haber muchas muertes, si vienen a registrar la casa por algún motivo, vosotros os escondéis en el cambiador de al lado de la cocina y Naia saldrá a atender a quién venga, yo me esconderé en el altillo. Cuando pasé la noche nos armaremos, iremos con mis contactos y nos marcharemos de aquí, todos - Lo último lo dije mirando a mi compañera -. Así que vamos, a recoger que lo que descansemos es tiempo que aprovechamos.

Nos levantamos y recogimos la mesa con una breve charla y aclaraciones con respecto al plan del día siguiente. Al final, todos nos fuimos a dormir, los cinco tirados de cualquier manera en el salón, yo me fui a mi cuarto sin poner ningún candado y Naia se fue al suyo.

**

**

Ya era muy entrada la noche cuando escuché unas pisadas ligeras, con un deslizamiento ligero cada ciertos pasos para poder ir más rápido era un bucle: pant, pat, pant, pat, shhhh... y vuelta a empezar. Entonces se detuvo en frente de mi puerta y se abrió revelando a una somnolienta Naia en su umbral. Me hice el dormido para ver que hacía y vi como avanzaba lentamente hacia mí. Con pasitos cada vez más ligeros: pint, pit, pint, pit... Y la tenía en el borde de mi cama, casi conteniendo la respiración con los ojos medio cerrados y con el corazón saltándole en el pecho.

— Naia, ¿qué pasa? ¿Hoy tampoco puedes dormir? - Pegó un pequeño salto hacia atrás del sobresalto cuando me escuchó hablar.

— Y-yo pensaba que estabas dormido... No podía dormir y pensaba en que podríamos dormir juntos - se calló pensando que mi silencio era una negativa -, está noche.

— No veo por qué no, vamos, te dejo la cama, yo dormiré en el suelo.

— Podemos dormir los dos juntos, no tengo ningún problema.

— Como tú veas Nana -. No la veía en aquella oscuridad, pero supuse que estaba roja de nuevo.

— No me llames así, ya sabes que no me gusta -. Me espetó mientras se metía entre las sábanas conmigo.

— Sabemos que te gusta, pero eres demasiado vergonzosa como para admitirlo... Nana -. Le puse la mano en la cintura -. Buenas noches.

— Buenas noches, Noit - Tartamudeaba, aunque intentaba que no se notara.

Y así se durmió, con su rostro enterrado en mi estómago, tranquila y feliz. Yo, mientras estaba trazando planes y escuchando los ruidos de peleas que llegaban ciudad arriba. El día siguiente iba a ser muy movido.

Capítulo 12

Despertar

Me desperté y dejé a Naia aún dormida en la cama; ciertamente, me enterneció ver como intentaba encontrar la ausencia de vacío a su lado.

Bajé, preparé algunos suministros y bolsas de viaje y fui terminando de organizar las armas: arcos, dagas, cuchillos, espadas cortas y alguna alabarda. Todo en silencio y sin despertar a los que dormían en el salón. Apenas empezaba a brillar el sol desde el fondo del horizonte, salí de la casa para verme con mi contacto. No intenté cambiar mi forma ni pasar desapercibido, paseaba tranquilamente por las calles hasta llegar a la taberna donde conocí a Naia y donde siempre podía encontrar a mi contacto, al fin y al cabo, él era el dueño del lugar.

— ¡Hola! – Salieron unos cuantos asesinos, para nada pacíficos, que conocía al escuchar mi saludo –. ¡Dejad de apuntarme imbéciles, soy yo! Vengo buscando a Rap – Me ignoraron –. Es urgente y al primero que me lo traigo le doy dos hierros –. Con esa sola frase, toda la multitud empezó a moverse para ser el primero en traérmelo. No pasaron ni dos minutos y ya tenía a uno que me estaba ofreciendo a Rap.

Como buen negociante que soy, le di los dos hierros, y después le mandé a que nos dejara en paz. aunque no le di mucha importancia.

— Es una forma de decirlo, ¿qué quieres? Ha sido venir tú y alterarme a todos mis muchachos.

— Una salida, limpia. Somos siete. A ser posible, antes del mediodía y por el este.

— Pides demasiado para haber estado fuera de línea tanto tiempo – Me susurró mientras me miraba de arriba abajo –. Te mandaré a uno de los míos antes de que empiece la hora del mercado. Dime, ¿es que ahora trabajas en grupo?

— Lo espero donde siempre. Y nunca trabajaría en grupo, me interrumpirían, pero a estos me interesa sacarlos de la ciudad. Nos vemos dentro de otros tantos años. Y que no me entere que uno de los nuestros ha aceptado la recompensa por mi cabeza o si no, me aseguraré de pagarle de vuelta –. Me despedí. Hice el camino a casa igual que la ida, silenciosa y tranquilamente.

Cuando llegué, vi que todos estaban despiertos y terminando de armarse, menos Naia.

— Buenos días gandules, ¿dónde está Naia?

— Buenos días, aún no ha bajado, así que supongo que está dormida aún –. Me devolvió el saludo Enl.

— Dadme un momento y estamos con vosotros.

Subí los escalones y entré a mi cuarto, recorrí las cortinas y zarandeeé levemente a Naia.

— Pequeña, despierta. Es el día –. Me salió una voz dulce y tranquila.

— ¿Noit? ¿Ya es de día? – Se desperezaba como un gato –. ¿Ya nos vamos?

— Aún no, pero hay que prepararlo todo.

Llamaron a la puerta acerca de la hora de actividad de la ciudadela, era uno de los chicos de Rap, debíamos ponernos en marcha ya hacía la salida este. La noticia resultó como una chispa a un barril de pólvora, la emoción y adrenalina corría por sus cuerpos; yo tenía miedo de que algo saliera mal. Usamos un carro que tenía y compré dos caballos para poder irnos como comerciantes para levantar menos sospechas. Tardamos bastante poco en llegar al punto que había acordado, pero algo estaba mal. Algo me pinchaba por dentro, mientras estábamos llegando me acordaba más nítidamente de aquella mañana. Rap tenía mi cartel de forajido en las manos cuando me lo trajeron. Era una trampa.

— ¡¡Enl!! ¡Azusa a los caballos, tenemos que irnos ya! ¡Es una trampa! – Ni terminé la frase cuando empezaron a llover flechas del cielo –. ¡Todos a cubierto! ¡Enl! ¡Vámonos ya!

— ¡Estoy en ello!

Entonces pasó todo lo que temía. Lo vi, casi como si la flecha cayera a través de melaza. Una flecha había alcanzado a Naia en el costado. La ira me escalaba desde las entrañas, el miedo me atenazaba el corazón y la rabia se apoderó de mis pensamientos. Debía reparar y devolver el daño que habían hecho en un momento

— ¡Enl! ¡Pon el carro de lateral, bajaros y cubríos con él! ¡Ploit, arranca la flecha que tiene Naia! ¡Enl, según termines de colocar el carro, más te vale escucharme druida de pacotilla, vas a curar a Naia o va a ser lo último que intentes en tu vida! ¡Atnar, tú vas a ayudar a cubrir esta posición con Ploit! ¡Karn, escabúlete de aquí y empieza a atacar su retaguardia! ¡Y tú – dije refiriéndome a Sheen –, dame tu mano! – Se intentó resistir, pero yo tenía más fuerza y al final la terminé cogiendo por el cuello, prácticamente le había pinzado el nervio para que no se pudiera escapar.

Estaba aterrorizada, el hedor de su temor no me inspiraba ninguna compasión. Absorbí cada gota de magia que pudiera llegar a poseer, e hice caso a mi instinto. Mi sombra se erizó, como el lomo de un gato asustado, y se marchó hacia las sombras de los que nos atacaban.

Yo era aquel que no tenía sombra, nombre ni cara.

Yo era aquel que te otorgaba tu último suspiro.

Yo era aquel que controlaba la noche y el caos.

Yo era aquel al que mandas a matar a los monstruos y a los nobles.

Las sombras de los arqueros y ballesteros rompieron los arcos y las ballestas, y los hundieron en la más profunda oscuridad; los hundieron en sus temores, en sus pesadillas; los hundieron con sus demonios.

Las sombras de la infantería que venía corriendo hacia nosotros los cortaron, amputaron y desmembraron. Las espadas cayeron con un ruido casi plástico, el metal que las formaba se había derretido y congelado.

Quedaba la sombra de un traidor, de una rata, de un trozo de escoria: quedaba la sombra de Rap. No lo mataron, no lo mutilaron, no. No lo torturaron, no lo castigaron con sus miedos, no.

Le esperaba algo peor.

Le esperaba yo.

Yo soy aquel al que mandas a matar a tus ángeles y a tus demonios.

Su sombra me obedeció, lo atenazó e inmovilizó, y avancé hacia él con parsimonia, sabía lo que iba a pasar, y yo también. Lo alcancé y me agaché para quedar al mismo nivel que su cara. Entonces hablé y me entendió perfectamente:

— ¿Quién?

— El padre del noble que te costó la libertad.

— ¿Por qué?

— Protección. Se comprometió a entregarme un ducado, mujeres, un título nobiliario, poder y dinero, Noctis, más de lo que jamás soñé.

— ¿Y creías que alguien te podía proteger de mí? – La rabia helada de mi voz empezaba a acentuarse con cada palabra que salía de su boca –. ¿Creías que acaso alguien es capaz de protegerte de mí!? ¡Yo, que soy el asesino de más de la mitad de la nobleza de la Ciudadela! ¡Yo, que soy aquel que robó la magia! ¡Yo, que soy aquel que ha sido el azote de la Capital y los Reinos del Oriente! ¡Yo, que soy aquel que es amo de las Ruinas! ¿¡Y crees que te podías ocultar y proteger de mí?! – Todo el color de su cara se desvaneció y se concentró en sus bombachos.

— No me tendría que haber preocupado, habrías muerto si todo hubiese salido bien.

— Si me hubieras dejado marchar podrías haber presumido el haberme matado, nadie conocía mi cara. Si no hubieras atacado a quién más me importa en esta mierda de mundo, podrías haber tenido todo lo que ese puto noble te había prometido. Pero decidiste cagarla. Yo no soy juez, no soy justo; soy como este mundo me ha hecho y tú vas a responder por todo el mal que me has producido. Han sido más de cinco años soportando los riesgos de tus contratos, las mierdas de tus tratos y el licor barato de tu taberna. Ha llegado la hora de que pagues.

— "Te cortaré la lengua, para que sólo puedas gritar; te arrancaré los ojos, para que nunca sepas con qué te castigaré; te amputaré todas las extremidades, para que jamás se te pase por la cabeza la idea de escapar de mí; te desollaré la piel y dejaré que te pudras al sol. Pero no voy a consentir que mueras; todos los días te curaré, te mantendré vivo para que puedas ver venir el siguiente. Entonces, cuando me apiade de ti, te meteré plata ardiente en las venas para que mueras como el monstruo que eres."

Lloraba desconsolado y aterrorizado, sin pronunciar ninguna palabra ni desviar la mirada de mis dos ojos negros que brillaban tanto como dos eclipses.

— Entonces puede que entiendas todo el daño que me has hecho. Pero, por ahora, disfruta de tus demonios –. Después de decir aquello, ordené a mi sombra volver y con ella la sombra de Rap, que entró en la oscuridad

con estas.

Me calmé, aún tenía la rabia en la boca del estómago, pero debía contenerme e ir a ver a Naia. Avancé hasta donde estaba nuestro pequeñísimo carromato, donde Enl estaba intentando curarla.

— Enl, ¿cómo está la situación?

— He conseguido cerrar la herida y reparar las terminaciones venosas que había perforado la flecha – señaló a una rueda del carro, para que identificara donde estaba –, ahora se está recuperando y tiene que descansar.

No salió ninguna lágrima de mis ojos, pero el efecto fue casi el mismo, abracé a Enl ante el asombro de Atnar y Ploit y le di las gracias en un susurro que compartimos como un secreto.

— ¿Dónde está Sheen? ¿Y Karn? – Pregunté a aquellos tres después de separarme de Enl.

— Sheen está en el carro, está llorando, dice que ya no le queda magia en el cuerpo. Karn ha visto la masacre que has producido y ha dicho que volvía en un segundo, creo que está vomitando. – Me informó Atnar.

— De acuerdo; Atnar ve a por Karn. Enl ven tú y tráete a Sheen. Ploit, vigila que no le pase nada a Naia.

Después de que me obedecieran, me senté en un guijarro de las afueras de la carretera a esperar a la pareja. Hasta que los vi llegar.

— Sheen, no llores, no temas; vas a recuperar tu magia. Pero antes he de preguntaros algo, ¿cuánto apreciáis a quién tenéis al lado?

— Es mi vida –. Me respondieron casi al unísono.

— Entonces dadme vuestras manos – Después de que me las dieran vinculé la magia de Enl con la de Sheen –. Os he unido en el noúmeno, ambos compartís magia ahora; y no podría devolverte la que te quité, Sheen, porque la he convertido en algo que a ti te mataría –. Contesté anticipándome a la pregunta. La pareja se miró y después me miraron. Puede que fuera entonces que vieran que mi sombra era lo suficientemente oscura para cubrir a dos personas. Puede que fuera entonces que vieran el cambio en mis ojos.

— ¿Qué ha pasado con tus ojos? Antes eran distintos.

En ese momento llegaron Atnar y Karn. Ordené que recogieran y ordenaran lo que nos quedaba y que se prepararan para marcharnos de

una vez. Karn me miraba con algo de miedo y de admiración, pensando, quizá, que no me daría cuenta, pero en el fondo sentí como caminaba al borde de un barranco. Enl y Sheen me trataban como a una bomba y no querían que los tocara. Atnar era el único con el que podría mantener una conversación tranquila mientras viajábamos, puede que fuera porque hablaba conmigo sobre cualquier tema sin otro fin que el de despejar sus temores acerca de mí. Y Ploit se encargaba de Naia.

Por fin salimos de la ciudadela, rumbo al noroeste; a los Reinos del Oriente.

Capítulo 13

Destellos de Luna y Sol

Habíamos hecho un pequeño alto en nuestra partida, en un claro en el medio de algún punto de los Bosquejos; nos dedicábamos a quitar las flechas y los virotos de la madera del carro y a reorganizar nuestros suministros además de comprobar el estado físico de todos. Todos estábamos bien, y Naia estaba en camino de estarlo, tenía algo de fiebre y deliraba entre sueños, la rabia seguía ardiendo dentro de mí, pero la había calmado hasta convertirla en una capa en la que refugiarme.

La noche se acercaba y habían distribuido los turnos, me habían dado la noche entera libre para que me encargara de despejar los alrededores y de atender a nuestra herida; por su parte, se habían organizado por parejas para asistirse entre sí. Mientras el sol terminaba de caer yo fui despejando la zona de todos los posibles inconvenientes que iban desde animales como jabalíes y pumas hasta criaturas tan raras como un gato de dos patas o un humanoide con cuerpo de oso; supongo que es a ese tipo de criaturas a lo que las aldeas tienen tanto miedo. Aunque cuando vivía en el exterior aquellas eran las mejores criaturas con las que podías esperar encontrarte.

Estaba por volver a nuestro campamento, cuando noté cómo una vibración extraña atravesaba el aire, cómo el viento dejó de moverse y pareciera que respirara a través del agua. Y volví a sentirla, aquella presencia que había visto varias veces, pero que me había atemorizado desde el primer momento, hace ya muchos años, cuando había empezado a vivir en la Ciudadela. Y estaba detrás de mí.

— Date la vuelta, y cuidado con hacer algún movimiento brusco, no quiero repetir lo de la primera vez —. Al girarme pude distinguir a una mujer joven de pelo castaño con una cara de pocos amigos y un cuchillo a la altura de mi cuello.

— Mi señora Aria, ¿qué le trae por aquí, a este bosque perdido de vuestras manos?

— El deber de guiarte. No has de marcharte con el resto a los Reinos del Oriente, tu lugar está en la capital.

— Y, si vuesa omniscia lo permite, ¿cómo tras tanto tiempo ha decidido personarse para hablarme? En especial después de lo abrupto de la última vez —. Traté de usar mi mejor vocabulario para evitar cualquier

equivocación y consiguiente enfurecimiento por parte de mi interlocutora.

— Esas fueron circunstancias especiales, ya deberías de saberlo. Así como has de saber que desafío la voluntad de los dioses con sólo hablarte, pero has de cuidarte de todo aquel que posea magia en las venas.

— ¿Otra vez la Inquisición ha decretado una limpieza? – Negó con la cabeza y empezó a bajar la daga –. ¿Puede que sea por alguna de sus predicciones?

— Así es, aún eres importante en este mundo, y alguien con magia te llevará al fin de este mismo. Y ya no volverás.

— Mi señora, pareces cansada. ¿Has vuelto de la tierra donde descansa el sol?

— Desgraciadamente aún no he podido volver, pero he estado más allá del desierto; has de vivir hasta ver la llegada del paladín de vuestro creador – Hizo un gesto de escuchar algo y se giró lentamente –. He de marcharme, la tempestad se calma y he de volver a la isla fantasma...

— Como deseáis, mi... –. Me dejó con la palabra en la boca, pues desapareció ante mis ojos y toda la atmósfera volvió a relajarse.

Esa pequeña charla me dejó muchas cosas en las que pensar, si hacía caso a lo que me había dicho, debía alejar a Enl y a Sheen de mí, además de separarme del resto; y por mucho que me doliera, también de Naia.

Mientras volvía al campamento me acordaba de la primera vez que conocí a Aria.

"Corría por las calles con una hogaza de pan que había conseguido birlar de la tienda del panadero; se escuchaban sus gritos llamando a la guardia, pero fui lo suficientemente rápido como para llegar a mi escondite en el cuarto círculo. Aquel día tendría sustento después de casi una semana tratando de conseguir algo que llevarme a la boca; como no tenía nada con qué bajarlo fui a la taberna de Rap, además de para ver si encontraba algún encargo lo suficientemente bueno para hacerlo.

Es curioso que, pensándolo bien, aún tenía mis ojos almendra.

Atravesaba la puerta de la taberna cuando noté como el aire se enrarecía y me costaba respirar, el resto parecía no darse cuenta, pero yo notaba perfectamente como una mujer sentada en la barra hacía que el ambiente se volviera inhabitable. Mi cara era una mueca de esfuerzo y fue por eso por lo que la dama se percató de algo.

Mi yo de diecinueve años no veía raro que una mujer se me acercara y me propusiera ir a un callejón, lo había visto en más de una ocasión; por eso no tuve ningún inconveniente en ir a la calle trasera con ella. Una vez ahí, se presentó como Aria, y yo le di mi nombre profesional, aunque hizo una mueca de decepción.

Tras ello, el aire se volvió plomo y noté como su mirada me leía hasta el fondo del alma. Estaba aterrorizado, el pavor salía por mis poros y no sabía cómo reaccionar. Tomé su mano y mi cuerpo empezó a beber de su poder como si estuviera absorbiendo una crema, mi sombra cortó una parte de la suya, siempre siendo yo, aún no podía convertirme en otros seres. Y así seguí hasta que el ambiente que nos rodeaba volvió a la normalidad.

Ella se separó, me miró con rabia y odio, de tal manera que hubiera deseado haberme desvanecido. Me espetó, furibunda, que le devolviera su magia, a pesar de no saber que era lo que acababa de pasar; entonces me miro mejor y me dijo que me arrepentiría por aquello y que me maldecía con que siempre estuviera marcado con mi humanidad y mi ser; que ningún día sería libre de dolor y que siempre sería reconocible. Desde ese momento, adquirí el conocimiento que esa mujer poseía, me convertí en su marcado.

Entonces salí corriendo de aquel callejón, sin saber que hacer, sin saber cómo reaccionar. Entré en la taberna y pedí hablar con Rap; me llevaron ante él y me preguntó quién era, al contestarle no me creyó y tuve que darle explicaciones. Después acepté un encargo y continué mi vida sin saber que mis ojos habían cambiado.

Mi humanidad era el blanco puro.

La bestia que se escondía en mi era el corrupto negro."

Mi conciencia se calló al llegar al campamento y ver a Naia con sus ojos tormentosos buscar algo con insistencia, pero cesaron toda actividad al verme.

Le hice señas con la mano para que me siguiera, y se levantó y caminó hasta llegar a mi lado; no hablaría de ella de mi cambio de planes, no así, no en aquel momento. La llevé hasta un lago dónde había una orquesta de grillos tocando solo para nosotros. Al amparo de la noche y a la balada de la naturaleza nos decidimos a bailar. En ese momento no existía nada que nos afectara, ningún destino escrito.

Solo existíamos Naia y yo.

Dos almas.

Una tan brillante como el Sol.

Otra tan oscura como la noche que alumbra la Luna.

Capítulo 14

Una separación abrupta...

Bailé al son del agua y del canto de los insectos. Bailé al son de la música del silencio. Bailé al son de la tormenta contenida en los ojos de Naia. Danzamos por mucho tiempo, sin saber si habían pasado minutos u horas, y en todo momento solo pensábamos en quien teníamos delante. Y al caer desfallecidos por el cansancio acumulado y el frescor de la noche, nos derrumbamos en el suelo, juntos, tomados de la mano sin ninguna otra preocupación que la de estar unidos. Pero la conciencia me reconcomía la cabeza, ladrándome sin descanso lo que tendría que hacer; y entonces escuché una respiración pesada, lenta y acompasada a mi lado, parecía que Naia se había dormido.

Decidí llevarla al campamento y marcharme al amanecer, quería aprovechar el tiempo de la noche que me quedaba para cumplir parte de una promesa. La tomé en volandas y la llevé hasta donde guardaban guardia Karn y Atnar, que jugaban a los dados mientras levantaban la mirada de tanto en tanto para confirmar la ausencia de posibles enemigos, por eso no los asusté al llegar y al dejar a Naia tendida en uno de los catres que habían hecho a base de hierba aplastada y algo de paja húmeda con telas por encima. Y ante su desconcertada mirada me volví a marchar al interior del bosque, esta vez con ambas manos armadas con dagas.

**

**

Y otra vez había vuelto al lago. Mi sombra se erizó peligrosamente y algo emergió de ella, lento pero constante, sin color en la cara y con el terror desfilándole frente a los ojos.

— Hola, Rap. ¿Qué tal con tus demonios? Imagino que la mayoría han tomado mi forma – Hice una pequeña pausa para dejarle intentar hablar, aunque no me decepcionó, me desinfló levemente que no me contestara –. Bueno, retomando el hilo, me alegro de que aún no hayas intentado escapar, así todo será más sencillo, aunque para ti no, claro. Comencemos con la primera parte de mi promesa.

Imagino que ya no habrá gente sensible que lea esto, al menos desde la parte en que destruí a un pequeño ejercito; y si se os retuerce el

estómago, ¿qué haces aquí?

— Abre la boca, no me seas tozudo, venga, di aaaaaah... – al fin abrió la boca enseñándome una dentadura extremadamente poco cuidada y una lengua bastante echada a perder por todo el alcohol y tabaco que había tenido que soportar –. Muy bien, sólo por eso tu castigo va a ser algo más rápido –. En un rápido movimiento de mano, le agarré de la lengua y con la mano libre que tenía, se la amputé casi hasta la mitad, dejando salir un torrente de sangre que bebía o escupía mientras sus ojos se anegaban de lágrimas y dejaba escapar gritos sueltos.

Me eché algo para atrás para evitar que me manchara de su sangre y limpié mi daga con la hierba húmeda de rocío y escarcha que recubría todo el suelo. Cuando se calló y dejó de sangrar como un cerdo, me acerqué y le eché sal haciendo que otra batida de lágrimas resbalaran por su cara. Entonces tuvo la genial idea de salir corriendo, me lo esperaba, así que tomé carrerilla y lo embestí con la rodilla por delante para dejarlo postrado en el suelo.

— No, no, no, con lo bien que lo estabas haciendo, me has decepcionado – Me había extrañado que no lo hubiera hecho antes, pero no había llegado a bajar la guardia por completo –. Ahora vamos a tener que volver a tu condena original, me has decepcionado – Guardé la daga en su funda y saqué de la vaina de la cintura un karambit, un nombre extraño cuanto menos, aunque el forjador era de los Reinos del Oriente, así que tendría su significado en aquellas tierras –. Ahora ha llegado el momento de que te despidas de tu capacidad de moverte.

Para que me entendáis, el cuchillo era curvo, casi como el pico de un halcón, lo suficientemente afilado como para cortar ramas no muy gruesas de árboles; no iba a tener dificultad alguna en cortar los tendones de sus piernas y brazos.

— Vamos, extiende tus piernas, no te acurruques. Como tenga que hacerlo yo, te vas a arrepentir –. Y terminó por hacer lo que le dije.

Le di la vuelta como a un escarabajo y le corté los tendones de sus rodillas por la parte suave, para que nunca más pudiera correr y le eché más sal para cerrar la hemorragia y evitar infecciones. Lo giré verticalmente para ahora tener a mi disposición sus brazos, e hice lo mismo que con las piernas. Ahora era una marioneta a mi merced, una que podía romper en cualquier momento y sin preocupaciones.

— ¡Muy bien! Esta sesión va a terminar aquí, el sol ya casi sale y no te voy a dar el gusto de verlo. Espero que mañana estés más dispuesto a hacerme caso o me mosquearé bastante, pero hasta entonces puedes seguir disfrutando de tus miedos – Me miró con los ojos exorbitados mientras se volvía a sumergir en el pozo de negrura que era mi sombra –.

Y ahora de vuelta al campamento para hablar con el druida antes de que se despierten los demás. Sí, mi cuerpo me va a odiar después de esta noche -. Me quejaba de mí mismo y para mí mismo mientras limpiaba el cuchillo con más hierba.

**

**

Para cuando volví estaban Sheen y Enl de guardia. Estaba molido de toda mi actividad nocturna y aun así no podía descansar todavía. No me habían visto llegar y casi me atacaron por accidente, aunque podría decirse que fue mi culpa por ponerle las manos en los hombros a Enl.

— ¡Eh! Tranquilos, no voy a hacer nada esta vez – Entonces bajé el tono y los miré seriamente -. Tenemos que hablar.

— ¿De qué? Si es importante, podemos despertar a los demás.

— Precisamente por eso no quiero despertarlos, prestadme atención; me marchó, vuelvo a la Capital, tengo asuntos pendientes ahí. No me sigáis, que nadie lo haga. Buscaos un lugar seguro, Karn se puede encargar de las criaturas nocturnas con vuestra ayuda – Empecé a girarme cuando me acordé del porqué había ido a decirles aquello -. Bajo ningún concepto, y quiero que os quede claro, bajo ningún concepto me entere que habéis permitido que Naia venga a buscarme. Si en algún momento llega a mis oídos cualquier información relacionada, aunque sea mínimamente con ella, daos por muertos -. Para asustarlos lo suficiente como para que aceptaran el trato, hice que la luz dejara de brillar y que el fuego se extinguiera, apenas un segundo, pero lo necesario para que no dudaran en ejecutar mis órdenes.

— Entendido. Ha sido un placer viajar contigo, aunque haya sido complicado a veces... -. Enl se había empezado a despedir.

— Trataré de consolar a Naia y hacerle compañía... – Tomó la palabra Sheen.

— Cierto, casi se me olvida. Que nadie que no tenga buenas intenciones se acerque a Naia, eliminadlo si hace falta.

— Lo haremos. Otra vez, tus ojos, han vuelto a cambiar desde esta mañana -. Me adelanté a cualquier pregunta, y me marché por los Bosquejos, tratando de llegar a la vía de comercio antes del amanecer.

Sus voces quedaron amortiguadas por el silencio y los árboles y yo seguí mi camino, no sin antes parar a mirarme en el mismo lago que ya había

visitado dos veces esa noche.

Volvía a tener los ojos disparejos.

Capítulo 15

Espectros en la niebla

La noche se estaba acabando, las lunas bajaban lentamente mientras el cielo tomaba un vestido teñido de rojo y rosa. Los árboles estaban congelados y la hierba se quebraba con cada pisada que daba; el hielo se adueñaba de todo el bosque que eran los Bosquejos dándole su nombre.

La temperatura ascendía y el hielo se iba descongelando poco a poco, dando lugar a una neblina de vapor que ascendía y descendía emborronando la visión y dejándome desubicado y envuelto en una niebla húmeda y pegajosa que me congelaba; no veía los faroles de la vía del comercio y el bosque no era precisamente el mejor lugar para quedarte inválido ante todos sus peligros.

Continué andando hacia adelante, tratando de alcanzar alguna fuente de luz antes de que me atacara cualquier criatura. Avancé con el oído aguzado mientras intentaba no hacer ruido tratando de ver algún brillo que delatara el camino que quería seguir. Entonces vi una luz no muy lejos, casi a pocos pasos de distancia, y caminé hacia ella; pero después vi como varias luces más se encendían a mi alrededor, dejándome encerrado en un círculo luminoso.

Saqué la espada corta de su funda de la espalda y uno de los cuchillos rectos del cinto, preparado para luchar con lo que me rodeaba. De repente una luz destelló y se lanzó hacia mí, pasando como un rayo sin darme tiempo a defenderme, haciéndome un corte alargado a lo largo del antebrazo izquierdo; retomé la calma que acababa de perder y me puse en guardia, tratando de caminar lentamente en dirección al hueco que había dejado abierto la criatura, entonces uno de ellos me agarró por la espalda mientras me arañaba el torso; traté de defenderme clavándole el cuchillo donde se suponía que tenía la cabeza, y, al no tocar nada, intenté apuñalarlo en los brazos para librarme de su abrazo, aunque en ningún momento noté que el cuchillo se hundiera.

Me retorcí y conseguí liberarme de una de las diez luces que me rodeaban, aunque no conseguí dañarla. Al no poder atacarlos de manera eficaz, salí corriendo en cualquier dirección mientras unos destellos dorados me seguían a corta distancia, aunque perdí el pie y me caí en un lago. Me quedé dentro del agua todo lo que mi respiración consintió hasta que me vi obligado a salir a tomar aire sólo para ver que las luces aún no se habían ido.

Tomé otra bocanada de aire, me puse en pie de un salto y volví a salir corriendo hasta encontrarme con una fogata a la que llegué sin aire, tras una serie de aspiraciones profundas para volver a mi ritmo normal, miré a

mi alrededor.

— ¡No me jodas! ¿Es en serio? – Grité casi regañándome a mí mismo.

— ¿Noctis? ¿Qué haces aquí? – Mi interlocutor me preguntó mientras me miraba con sus ojos de plata.

— Mira Zeco – hice una pausa para respirar porque aún estaba agitado –, no me interesa que me digas que haces aquí, ¿está bien? Lo que me importa ahora es que esta hoguera no se apague porque si no, no vamos a ver otro amanecer, ¿entendido? – Pregunté sin esperar una respuesta –. Vamos maga, ponte a avivar el fuego; tú, Enl, despierta a Karn, va a tener que hacer turno doble conmigo. Zeco, toma – le ofrecí mi espada –, intenta que no entren en este círculo.

— ¿Noctis? Se supone que a estas alturas deberías de estar a medio camino de la Capital.

— ¡Ya lo sé, Karn! Mis planes se han estropeado como siempre – Me empezaron a asaltar los recuerdos otra vez, aunque conseguí esquivarlos de momento –. Vamos, tenemos que defendernos de unas luces peligrosas.

— ¿Has tomado algo raro? No existen luces que ataquen al menos que yo conozca, y conozco a gran parte de las cosas que viven en los Bosquejos Helados –. Vi una luz detenerse detrás Karn.

— ¡Quítate de en medio, te va a atacar! – Di un salto para intentar agarrarlo y apuñalarlo, aunque no agarré nada –. ¿¡Dónde ha ido?!
— ¿Estás bien? No había ninguna luz detrás de Karn, estaba mirando cuando empezaste a gritar – El druida y él intercambiaron una mirada preocupada –. ¿Seguro que no te has intoxicado?

— ¿Estás bien? No había ninguna luz detrás de Karn, estaba mirando cuando empezaste a gritar – El druida y él intercambiaron una mirada preocupada –. ¿Seguro que no te has intoxicado?

— ¡Estoy bien! ¡No he tomado nada ni me he expuesto a nada, lo juro por las dos lunas en constante movimiento! He visto la luz, y me han atacado, tengo cortes en el antebrazo izquierdo y en el pecho. ¡Mirad! – Enseñé mis brazos y me levanté la camisa –. Ahí están los cortes que me han hecho.

— ¿Noit? ¿Por qué estás gritando? – Salió de la carreta una somnolienta Naia –. ¿Pasa algo? ¿Hay peligro?

— No pasa nada, Naia. Puedes volver a dormir –. Otra luz; delante de Naia, y ella no la había visto.

Tardé menos de un segundo en reaccionar, pero en ese tiempo pude ver su forma: una boca enorme, repleta de dientes afilados y dispares; unas garras tan largas que llegaban a arañar el suelo, con unos brazos tan

escuálidos que parecía que se le fueran a caer. Y un solo ojo; una bola luminosa.

Mi reacción fue casi inmediata, saqué una daga y me lancé para embestir a esa criatura antes de que pudiera hacerle nada a Naia; le pillé de improviso y conseguí apuñalarlo sólo para sentir como hundía mi hoja en el suelo. Me giré para ver a Naia y comprobar si estaba bien, pero algo no me cuadraba en toda esa escena; Naia tenía los ojos grises, no verdes.

Mi instinto volvió a tomar el control y clavé mi filo, esta vez en el cuello de mi compañera; para después lanzarles cuchillos arrojadizos al resto de los que me rodeaban. Cuando retomé el control y vi lo que había hecho, pensé que enloquecería, pero entonces la niebla se deshizo; desapareció.

Estaba en medio del camino del comercio y unos campesinos me miraban asustados porque estaba gritando de desesperación. Me ofrecieron a llevarme en su carro a la Ciudadela y acepté.

Sólo conseguí calmarme cuando entendí que todo había sido obra de los espectros de la niebla.

Capítulo 16

Esclavo del destino

El viaje ocupó toda una mañana en la que no hubo casi ningún movimiento ni conversación, con la excepción de uno de los granjeros que se ofreció a curarme las heridas para evitar que se me infectaran; cuando le pedí que lo hiciera cogió cuerda de tripa y una aguja de hueso y empezó a romperme y arreglarme la piel.

Cuando llegamos a las puertas de la Ciudadela, les pagué por el viaje y el tratamiento que me habían ofrecido con dos platas. Después no entré por la puerta principal, porque a pesar de la silenciosa inquietud de la ciudad aún me buscaban, junto a los otros cinco. Así pues, entré por una portezuela no oficial que vigilaba uno de los corruptos a los cuales tenía pagados. Gracias a ello, pude acceder a la capital de nuevo y volvía a tener libertad total entre aquellos muros, varios techos que esperaban a resguardarme y una taberna a la que acudir para reclamar mi propiedad. Empezaba a lloviznar, haciendo que el hedor a sudor y sangre se pegara al suelo, haciendo que cada pisada que daba me adhiriera ese olor penetrante y molesto, sin tener en cuenta la inútil limpieza de los cadáveres de soldados y rebeldes que aún quedaban en algunos flancos de las callejuelas.

Paseé, sin prisas, por las calles de la Ciudadela, sin miedo de que me reconocieran, los guardias no me podían parar y no había magos en aquella ciudad teniendo en cuenta que la mayoría estaban ocupados entre las filas del ejército; caminé visualizando otra vez cada uno de los entresijos que ofrecía el quinto círculo, aunque aquel no fuera el que me interesaba, subí de nivel, ignorando a los guardas que me miraban con sospecha cuando traspasé el portón. El cuarto círculo, nada nuevo bajo la lluvia, más tiendas de comida y más muertos, lo mismo que otras jornadas.

Tercer círculo, en la entrada tuve que incapacitar los vigilantes, tenía varios pisos francos ahí, tendría que mirar, además de que la taberna de Rap estaba cerca. La lluvia empezaba a calar, tenía la ropa a remojo y yo estaba igual, parecía que lloraba con cada gota que resbalaba mi cara. Cada gota, tan dulce, suave y cariñosa que tañía de un transparente luminoso mi rostro. Cada pisada, tan silenciosa, tan cargada de odio, tan silenciosamente rabiosa, dirigida a un lugar antaño conocido.

Le pegué una patada a la puerta, ignorando el riesgo de los asesinos que se giraron puñales en mano, ignorando a los que se atrevieron a tratar de alcanzarme. A los que trataron de atacarme, los castigué con sus propios cuchillos, clavándolos donde alcanzaba: en la boca, el cuello, los ojos..., a los que se habían quedado paralizados del susto los puse en marcha de un

golpe.

— ¡Asesinos y descerebrados! Rap ha cesado en su cargo como dirigente de la Taberna Silenciosa, a carencia de un sucesor nombrado por él, yo, como el asesino más capaz de esta sala, proclamo que ya no va a haber ningún dirigente. Todo aquel que quiera ganarse la vida como asesino a partir de ahora debe buscarse la vida como lo hacíamos antes de conocer a Rap. Como siempre, respetando el código que mi predecesor impuso, si alguien quiere cometer la estupidez de retarme, está en su derecho de hacerlo para intentar cambiar lo que ahora es la disgregación de uno de los mayores peligros de la Capital – Hice una pausa para ver si alguien quería intentar retarme –. A partir de ahora, volveremos a los tiempos de antaño, cuando podíamos elegir los trabajos, ver a quién nos contrataba y ser los mejores en aquello a lo que nos dedicamos. Ahora, corred la voz, dispersaos y hacedle saber a nuestros contactos que ya no va a haber alguien a quién brindar la información más que a vosotros mismos –. Me dirigí a la salida –. ¡Largaos!

Salí de la puerta igual que entré, con rabia y furia, esta vez parcialmente remitida. Me quedé parado bajo la lluvia y pensé en mi siguiente destino, había pensado en revisar todos mis pisos francos, pero en aquel instante me parecía una tarea demasiado extensa y exhaustiva para lo frágil que me sentía. Estaba trazando un nuevo plan cuando se me encendió una bombilla: la Casa.

Ya con un nuevo plan, empecé a andar camino al portón del segundo círculo, ignorando los pasos que repiqueteaban en los adoquines y charcos, ignorando el sutil ruido de cuchillos siendo desenvainados, hasta que me cansé de ignorarlos. Entré en una calle y esperé en la esquina a que pasaran.

— Vaya, vaya, vaya. ¿Pero que tenemos aquí? – Una sonrisa cruel empezaba a tirar de mis labios –. Pero si son una cuadrilla de asesinos no muy inteligentes. Veamos, ¿por quién empiezo? – Uno se lanzó hacia mí –. Parece que ya tenemos ganador – Esquivé su estocada –. Mal – Hizo un tajo horizontal que no alcanzó a nada más que al aire –. Horrible; ¡vamos equipo! Todos contra mí.

Se lanzaron todos, sin ningún plan, tratando de encerrarme entre sus dagas y la pared, sin tener en cuenta que se acercaban entre ellos más de lo que deberían; yo iba esquivando todos los tajos que pegaban esperando el momento propicio hasta que lo vi. Uno de los del medio estaba demasiado pegado a su compañero, y aproveché cuando falló un golpe para desviarle la mano hacia el cuello de su amigo, y después hacer que el mismo se cortara el suyo. Desenvainé un puñal recto del cinto y embestí a uno de los dos que quedaban, dejándolo sin aire y postrado en el suelo, entonces el que quedaba trató de hundirme su cuchillo en la espalda. No hace falta decir que no lo consiguió, giré haciendo la croqueta

poniendo al que había embestido encima, y una vez le hubo apuñalado, le lancé su cuerpo y me encargué de darle fin con la hoja que había desenvainado. Eso nos dejaba a uno con vida, imagino que ahora estaréis haciendo cuentas y veréis que parece que hubiera matado a los cuatro, y no, no es una metáfora para referirme a mí mismo; pero se os olvida el que había sido apuñalado por la espalda por su compañero, que aún respiraba y gemía de dolor. Aún estaba consciente y no daba muestras de morirse pronto, así que aproveché para interrogarle.

— Veamos – lo mantuve boca abajo y tomé el mango del cuchillo que tenía clavado sin llegar a sacárselo, mientras lo retorció un poco –, ¿sólo erais vosotros cuatro o hay más opositores?

— Sólo nosotros, pensábamos que si te pillábamos desprevenido podríamos reducirte –. Retorcí el cuchillo, dándole una vuelta entera, abriéndole más la espalda haciendo que gritara.

— ¿Estás seguro de eso? – Asintió con una mueca de dolor extremo –. Para tu información, tu antiguo jefe intentó lo mismo con un pequeño ejército y no le sirvió de nada. En fin, ha sido un placer conversar contigo –. Saqué el cuchillo de su espalda y se lo clavé en la parte anterior de la cabeza –. ¿A dónde iba? A ver, tercer círculo; la taberna; los pisos francos, espera, eso ya lo había tachado; eso nos deja una última cosa que es el hogar. Sí, era eso –. Murmuraba mientras daba vueltas y recogía mi cuchillo y lo limpiaba de sangre.

Me dirigí otra vez al portón del segundo círculo mientras me preguntaba por qué había vuelto ahí por mucho que mi señora Aria me lo hubiera dicho. Puede que fuera porque sigo siendo una persona, un animal de costumbre, o porque fuera un esclavo del destino que mismo me estaba forjando, puede incluso que fuera porque sabía que fuera de aquel resquicio de humanidad no era nada más que alguien sin nombre, historia ni rostro; algo que había deseado tanto para poder desvanecerme y dejarlo todo atrás, esa era una idea que no dejaba de antojármese tan dulce y deseable como peligrosa y cargada de amenazas. Ya no tenía nada a lo que agarrarme, más que vivir con una revolución que no llegaba a ninguna parte. No me quedaba nadie con quién hablar.

Y me hallé en la entrada del segundo círculo pensando que hacía con mi vida. Y otra vez la guardia trató de detenerme, y otra vez la inhabilité. Lo bueno del segundo ensanche es que están las termas y la Casa; aunque ahora estaría vacía, muerta y silenciosa. La lluvia se hacía más fuerte a cada momento y la capucha ya no servía para separar las gotas de mis ojos.

Paso tras paso conseguí llegar a casa. Entré usando una llave que estaba escondida en un ladrillo suelto de la fachada, la misma llave que usaría Naia para poder entrar mientras estaba encerrado; Naia. Me estaba

afectando demasiado. Entré en la casa, cerrando la puerta detrás de mí, con un ruido seco que resonó en el silencio que reinaba.

La sala de estar estaba patas arriba, los libros desperdigados por el suelo, algunas hojas estaban incluso arrancadas.

La cocina estaba asolada por las llamas.

Mi laboratorio tenía los vidrios rotos, mis libros de ensayo estaban amontonados en un rincón, casi reducidos a cenizas.

La entrada trasera tenía la puerta destrozada, con roturas por todas partes y astillas que aún se mantenían unidas a lo que quedaba de puerta, que apenas se sostenía por una bisagra.

En el piso de arriba todo estaba mal; mi cuarto, que no era nada del otro mundo, tenía el baúl abierto, con todos mis recuerdos desperdigados: mi primera hoja estaba clavada en el suelo; mi martillo de fragua; mis libros de ficción; mi retrato con Naia. El escritorio estaba manchado de una tinta negra que estaba coagulada sobre unos papeles que nunca había llegado a utilizar. Y mi cama estaba rajada, con las sábanas arrugadas a los pies.

El cuarto de mi compañera todo estaba peor: su baúl estaba dado la vuelta y al darle la vuelta vi que de sus pertenencias solo quedaba nuestro retrato y uno de los muñecos que le regalé, todos sus preciados libros habían desaparecido; su cama estaba desordenada pero entera; y en su escritorio, había una carta escrita con mucha prisa:

"Esta casa ha sido purgada de pecado. Los libros sacrílegos han sido erradicados así como aquellos opuestos a las enseñanzas de la Capital. Todos aquellos suministros encontrados en este edificio han sido utilizados en favor de nuestra gran ciudad con el fin de proveer de mejor manera las necesidades del pueblo.

Malum fit et bonum fieri"

La maldita Inquisición había visitado mi casa y se habían llevado todo consigo, armas, recuerdos, comida... años de trabajo tirados a la basura por unos condenados sectarios que se supone que trabajan para el bien de la Ciudadela. Al volver al salón vi que en todas las hojas arrancadas había palabras tachadas al igual que en los libros que se conservaban enteros.

Y en mi cabeza sólo sonaba una frase tan tortuosa y repetitiva que pensé que me había terminado de volver loco:

"Eres el esclavo del destino que forjaste"

Para después pasar a sonar esto:

"Lo quisiste tener todo para terminar perdiéndolo. Pero aún puedes recuperarlo, hagamos un trato"

Capítulo 17

Sombra

La frase se quedó en el aire, flotando ingrávida mientras trataba de razonar lo que acababa de pasar. Me senté en una de las sillas de la sala de estar, la misma que encabezaba la mesa, para preguntar al aire:

— ¿Quién eres?

— *Soy tú, soy yo y soy nosotros. Soy la parte de tu alma que has tratado de silenciar, la que has repudiado a la zona más profunda que has encontrado. Soy lo que te permite hacer magia y robarla; soy el auténtico, y tú, una marioneta frágil que se quiebra por muchas cosas –. Era una voz fría, casi estática. No cambiaba el tono, se mantenía lineal todo el tiempo, y sonaba infinitamente cruel.*

— Mientes – murmuré entre dientes –, nunca ha habido nadie, siempre he sido yo. Lo único posible es que seas la maldición de Aria.

— *Pequeño cachorro, te equivocas. Esa diosa ha perdido demasiado poder como para ser capaz de hacer nada. No, soy aquello que has llamado "instinto", soy la herencia de tu padre. Déjame que me presente – Mi mano se extendió sola, y de ella salió una oscuridad líquida que se endureció para dar vida a una sombra tangible, con forma de felino –. Aah, que de tiempo desde que no estaba así. Prefería mi forma anterior, cuando estaba con Arawn, pero esta forma es más discreta. Este soy yo, soy todo aquello que tú eres, menos un asesino, eso es de tu propiedad.*

— Eres... ¿un gato? – Pregunté a medio camino de la risa –. ¿Mi padre se llamaba Arawn? ¿Quién era? ¿Qué eras antes? – Pregunté según se me venían millares de dudas a la cabeza.

— *Antes que nada, ino soy un gato! Soy un lince, un máximo depredador. Sigamos, tu padre se llamaba Arawn, era un excelente cazador de ángeles, o etéreos, como tú los llamas; no era humano ni criatura. Y yo era su compañero, un cazador tenaz en un cuerpo de chynthe, con un poder únicamente equiparable al otro cazador. Por eso ahora tengo esta forma, porque estoy atado a ti –. La última parte la soltó con aversión, como si mi presencia fuera repugnante.*

— Disculpa, tú matabas a seres que supuestamente son puros, yo mato a personas corruptas; creo que hay una diferencia entre lo que tú hacías y lo que hago yo. Básicamente me estás diciendo que tu forma y tamaño dependen de mi fuerza, ¿no? – Lo miré nuevamente, era un lince grande, pero no pasaba de eso. Suspiré –. Vayamos al grano, ¿cómo te llamas y

cuál es tu oferta?

— *Ya no tengo nombre, lo tuve hace tiempo pero ya ha caído en el olvido; te dejo esa decisión a ti. En cuanto a mi oferta, te ofrezco mi poder y mi visión, y tú a cambio serás mi cazador y entrenarás para aumentar nuestra fuerza.*

— Creo que te llamaré Cary, te pega. Me parece que tenemos un trato.

— *Con que Cary, ¿eh? Te pareces a tu padre a la hora de nombrar a alguien* – Se paseó por la mesa y se paró delante de mí y me ofreció su cabeza –. *Acaríciame y sella de trato. A mí tampoco me agrada pero es lo necesario para que funcione.*

Entonces lo acaricié entre las orejas e inmediatamente se deshizo en hebras de oscuridad que abandonaron la luz de la mesa como si le quemara, para formar parte de mi sombra; para ser parte de mí.

Ese fue el momento en el que tuve una sombra capaz de cubrir a tres personas.

— *Veamos si ha funcionado, ve a la calle, a cualquier lugar dónde halla gente y verás quienes son en realidad, date prisa* –. Dijo Cary mientras emergía de mi sombra con la forma de un lince negro.

— ¿Cómo se supone que tengo que ver a las personas? – Pregunté mientras salía por la puerta principal y cerraba al salir –. ¿Acaso ahora veré algo distinto? Porque de momento lo veo todo igual –. Comenté al llegar a una de las vías principales y no notar ninguna diferencia en la gente que pasaba de tienda en tienda y saltaba de charco en charco.

— *Cierto, tengo que hacer una cosa más* – Me mordió el tobillo con mucha fuerza, como si tratara de arrancármelo –. *Asqueroso, ¿has probado a lavarte?* – Dijo disgustado mientras miraba a nuestro alrededor –. *¿Se puede saber dónde demonios se han metido los magos cuando se les necesita?*

— Hace nada que he llegado, así que no me ha dado tiempo de ir a las termas. Ya no hay magos por la calle, o forman parte del ejército real o han sido ejecutados por la Inquisición. De todas formas, ¿no te parece que al fondo brilla algo? – Esa última frase hizo que me prestara total atención.

— *Lo veo. Está más allá de esta muralla, parece que está en el tercer círculo. Vamos, te llevo* –. Dijo mientras se erizaba todo su pelaje.

— ¿Cómo me vas a llevar? No creo que puedaaaAAA... – Grité mientras notaba cómo caía por un abismo sepulcral, oscuro y temible; lleno de

criaturas terribles y gritos silenciosos –. ¿Qué has hecho? – Tenía el corazón en la boca, el pánico me recorría todo el cuerpo –. ¿Dónde estamos?

— *Eso fue extenuante, ha pasado demasiado desde que no lo hacía. Eso, Noctis, era un salto de sombra y todo lo que has visto han sido todas mis presas a lo largo de los siglos. Pensaba que tú sabrías donde estamos, nos has llevado tú.*

— No lo vuelvas a hacer sin avisarme – Miré a mi alrededor continuamente hasta que pude reconocer el portón del segundo círculo al fondo y el del cuarto detrás de mí –. Estamos en el tercer círculo. Otra vez veo ese brillo; parece que está en frente de nosotros. ¿Qué es?

— *Los humanos podéis tener dos colores o gris o verde y creo que es bastante claro para quién es cual. Las criaturas son, digamos, más complejas: la mayoría son azules, los etéreos son blancos y brillantes, y mis semejantes son negros. Para resumirte, estamos cazando a un etéreo ahora mismo; no es algo muy común, usualmente tardábamos como unos tres meses de rastreo en poder encontrar uno. Desenvaina cuchillo y espada, te voy a enseñar cómo cazar a un ángel – Hice lo que me dijo –. Ahora acércate sigilosamente, que no te oiga –. Avancé hasta estar a un palmo de distancia, desde aquella distancia podía ver toda su silueta angélica, con dos pares de alas y un halo quebrado tintado de negro –. Te voy a retirar la visión un momento para que puedas ver con quién tratas.*

Cuando pude volver a ver con mis ojos vi que delante de mí estaba Naia. De pie, encarándome, armada con una daga delicadamente delgada mientras miraba con odio al gato que se asomaba por mi sombra.

— Noit... esperaba encontrarte en otras circunstancias – Me dijo con una voz dulce y cargada de pena –. Guido. Ha pasado demasiado tiempo desde que vi a mi señora a tus pies. Aún tienes un asesinato por el que pagar – Su voz se tiñó de un tono feroz; me volvió a mirar –. Me parece que tenemos bastante de lo que hablar. Vayamos a casa, por favor; no quiero pelear contigo –. Y volvió a su boca una voz triste y cansada que me partió el corazón.

Capítulo 18

Caza

Iba a contestar; iba a decirle lo que había podido descubrir, como en los viejos tiempos; iba a preguntarle como había llegado tan rápido; iba a preguntarle por sus alas y su halo quebrado; iba a reírme con ella al darme cuenta de que siempre había sido lo que había pensado, un ángel. Mas mi felino compañero tenía otros planes: otro salto de sombra, a un lugar que nunca había visto y que nunca podría olvidar.

— Cary, Guido o como sea que te llames. ¡¿Qué has hecho!?! ¡No sólo has hecho un salto cuando y adonde te ha apetecido, sino que también me has separado de Naia! ¡¿Me vas a explicar a qué viene todo esto!?! — Estaba de los nervios, muy confuso y furioso con el ser que se ocultaba en mi sombra.

— *Para tu información, nos he salvado a ti y a mí; a la hora de cazar a los etéreos, tienes que mantener la mente vacía, no puedes permitir que las emociones ni los sentimientos influyan, porque podría ser lo último que hagas. Esa etérea además de tener la condición de los de su clase, es muy poderosa, y está muy resentida conmigo porque yo, personalmente, eliminé al alto cargo que se suponía que tenía que proteger. Por lo que parece eso le valió el descenso a caminante – Se separó de mi sombra y empezó a registrar la sala dónde estábamos –. Si sirve para satisfacer tu curiosidad, estamos en uno de los palacios abandonados. Ya sabes, dónde se supone que vive un noble que no lo hace gracias a ti.*

— ¿Desde hace cuánto estás vivo? – Me detuve y empecé a revisar mis alrededores –. Esta es la casa de la última de mis víctimas, estamos tan cerca del palacio real que deberías de poder ver a los magos – Me tumbé en el suelo con las manos tapándome los ojos mientras reflexionaba sobre como demonios había terminado así –. Entonces, ¿cuál es el plan ahora? – Le pregunté al lince que se había tumbado a mi lado.

— *Por lo pronto, descansar. Cuando terminemos ese paso será el momento de ir de caza. Esta vez sin errores.*

Capítulo 19

Buenos recuerdos y malos sueños

Estuve durmiendo durante bastante tiempo, al no poder ver el sol ni las lunas no sabía cuánto había pasado desde que volví. Guido se quedó a mi lado durante todo el tiempo que dormí, vigilando que nada me sucediera, pero no me podía proteger de los sueños.

"Fue un día soleado, apenas habían pasado dos años desde que llegué a la Ciudadela, mi relación con Naia iba mejor, ya vivíamos bajo el mismo techo y nos íbamos de paseo por el tercer y segundo círculo de manera muy frecuente.

— Oye Noctis, ¿nos hacemos un retrato? Hay un hombre que está pintando a las parejas que se lo piden –. Preguntó una Naia que tenía más brillo en los ojos que cualquier cielo.

— ¿Acaso nosotros somos una pareja? – Vi cómo se sonrojaba hasta las orejas y empezaba a farfullar –. Estaba de broma Nana, cuando quieras –. Esa última frase me otorgó un golpe considerable en el brazo al que estaba abrazada.

Nos acercamos al pintor para pedirle el retrato que tanto quería Naia; que terminaron siendo dos ante su insistencia. Uno para ella y otro para un servidor.

— Hacen una pareja preciosa – Nos dio los retratos y nos dijo el precio –. Será una plata en total.

— Por curiosidad, ¿usted utiliza pintura con base de polvo o de huevo?

— De polvo mi buen señor, así mis pinturas son más duraderas. Precisamente por eso mis precios son algo más elevados que los de la mayoría.

— Si ese es el caso, gustoso le daré lo acordado –. Al terminar la frase le ofrecí los seis bronce y continué el paseo con Naia.

— ¿Qué te parece, Noit? ¿No es precioso? Parece que nos hayan capturado en una imagen. Hasta pareces amable.

— Realmente es una pintura muy bella, resalta lo más importante. Tus ojos junto con lo afilada que tienes la lengua.

— Si querías jugar así me lo hubieras dicho – Respondió enfurruñada antes de dedicarse a observar detenidamente el cuadro con ambas manos

hasta que dio con algo que no cuadraba -. ¡Han hecho mal tus ojos! No son azules.

— De hecho Nana, ahora mismo sí que lo son. No me interesa que en un rato tranquilo que tenemos se me echen encima todos los soldados que tiene la Ciudadela.

Fue un día apacible, tranquilo y de los más dulces que he tenido hasta el momento.

Entonces cambió radicalmente.

Estaba de rodillas en una sala empedrada, con el cuerpo de Naia entre mis brazos; le había pasado algo, no tenía heridas visibles, pero no respiraba y la tormenta de sus ojos ya se había despejado. Entonces aparecía Guido, encerrado en una esfera blanca sostenida en la mano de alguien que no conocía."

Me desperté gritando.

Capítulo 20

...Un mal reencuentro

— *Menos mal que ya has despertado, pensaba que habías empezado a hibernar o algo; fácilmente han pasado tres días en los que has dormido sin parar.*

— *¿Y por qué no me has despertado antes? Siento que he perdido demasiado tiempo. Supongo que ahora ha llegado el momento de cazar, ¿no?*

— *Así es. Esta vez nuestro objetivo está en el primer círculo. El rey es un etéreo.*

— *Tienes que estar bromeando. ¿Cómo se supone que podamos eliminarlo en el sitio más seguro de todo occidente?*

— *En mis tiempos esto sería apenas una pequeña guarnición. Durante la guerra en la que eliminé a Rontas, la señora de tu amada, Había más del triple de soldados por enclave de los que hay aquí; estábamos todos unidos: elfos, enanos y humanos... Buenos tiempos aquellos – Guido se dio cuenta de que estaba divagando y se volvió a centrar –. La cuestión está en que tienen una brecha de seguridad, los que patrullan el perímetro son soldados, pero el interior está lleno de magos. Si consigues que llegue hasta una de las salas centrales, puedo hacer que nadie pueda usar magia.*

— *¿Eso no nos afectará a nosotros también? De todos modos, ¿por qué insistes tanto en matar a este? Seguramente haya más ángeles.*

— *En eso no te equivocas, en lo que erras es en los motivos. Este ángel no es ni más ni menos que Deriny, otro de los comandantes que se nos escapó en la guerra. Es poderoso y eso implica que al vencerlo nosotros lo seremos también.*

— *No entiendo que tiene que ver una cosa con la otra, pero a lo que llevo es que si matamos al rey, la revolución triunfa. Esa es una baza que podemos utilizar a nuestro favor. Si convencemos a los rebeldes para que ataquen hoy las puertas del primer círculo, nosotros podríamos infiltrarnos más fácilmente.*

— *Es un buen plan, me parece que ahora toca ponerlo en marcha, ¿no crees? Te aviso que esto implica otro salto.*

— *Cuando quieras, pero debes de saber que la base está en el oeste del*

tercer ensanche.

Esa vez, cuando dimos el salto lo que aparecía no eran los monstruos que había visto la vez anterior; sino una guerra en la que todos mataban a todos, miles de hojas y espadas teñidas de un amarillo y un rojo tan intensos que parecían rayos de sol comprimidos; cientos de cuerpos desperdigados por el suelo, con alas o sin ellas. Cuando quise ver más, ya habíamos llegado al oeste del cuarto círculo.

Ahora la cuestión estaba en encontrar a los rebeldes o que ellos dieran conmigo. Me dediqué a pasear por las calles esperando a encontrarme con alguien, pero no había ni un alma por allí. Me senté en el escaparate de una panadería que estaba vacía a esperar por si veía a alguien moverse. De repente, unas manos que agarraron por detrás y tiraron de mí, traté de resistirme y salieron más manos que me sujetaron los brazos, me cerraron la boca y tiraron más de mí.

— Quieto, sabemos quién eres y queremos evitar que nos mates.

— ¡Mph! – Mordí la mano que me tapaba la boca –. ¡Soltadme de una puta vez, cabrones! Si queréis hablar me lo decís, pero no me agarréis de esa manera –. Me giré y los miré fijamente, estaban desnutridos, cascados y asustados.

— Era para asegurarnos que no vinieras de parte de la Capital. ¿Has venido a unirse a nosotros? – Algo parecido a la esperanza pareció resurgir en lo más profundo de su alma.

— Nada más lejos de la realidad. En cambio, vengo a deciros algo que os podría interesar, ¿qué tal si me lleváis ante el que esté al mando?

— Por supuesto, señor. Se lo traemos en un momento, usted no se mueva.

— ¿Lo has oído, Guido? – Murmuré hablando a mi sombra.

— *Alto y claro, puede que no haya sido una buena idea después de todo, parecen famélicos. No creo que puedan hacer una actuación interesante, y menos ante magos.*

— Es un buen punto, pero créeme cuando te digo que la desesperación puede más. Aunque vean que tienen una gran desventaja, el miedo de las consecuencias cuando pierdan va a hacer que peleen con más ahínco.

— *Sigo sin entender a los humanos. Recomendaría que lo hicierais esta noche, tendríais el factor sorpresa y yo podría hacer más que si hubiera*

luz.

— Señor, aquí le presento a Caltraz, es el líder de la revolución -. Me lo presentaron con una veloz reverencia antes de marcharse.

— Noctis, mis soldados me han dicho que tienes información importante para mí, ¿te importaría compartirla?

— Para nada, estoy planeando asesinar esta noche al rey. Ambos sabemos que tiene un bastión repleto de soldados y magos; por eso vengo a pedirte ayuda. Si vosotros atacarais frontalmente, distraeríais a la mayor parte de su ejército de manera que a mí me daría tiempo a infiltrarme y empezar mi trabajo.

— Es un buen plan pero ¿has pensado en los magos? Podemos hacer frente por un tiempo al ejército pero contra la élite no podemos hacer nada.

— De neutralizarlos me encargo yo. Entonces esta noche, a la onceava campanada, será cuando empiece mi plan. ¿Puedo contar contigo y con tus hombres?

— Desde luego, cuando se lo cuente tendrán la moral altísima por tenerte a nuestro favor.

— Hasta esta noche -. Me despedí dándome la vuelta y saliendo de la panadería para irme a algún rincón donde poder hacer un salto con Guido.

— *¿Cómo ha dicho que se llamaba ese hombre?*

— Caltraz, ¿por? Cuando quieras volvemos al palacio, tenemos que hacer los preparativos para esta noche.

— *Ya va, ya va. Caltraz... se parece mucho al nombre de nuestro líder; un gran hombre, pero contra ángeles y dioses, los mortales no somos un rival digno, ya quedó demostrado en la guerra* -. Empezaba a irse por las ramas.

— Guido, el salto.

— *Sí, sí, ya va.* - Esa vez fue un salto completamente a oscuras, sin visiones de nada.

Cuando estuvimos en el palacio, dedicamos toda la tarde a comprobar las armas, a afilarlas y a conversar mientras hacíamos todo esto.

Después, empezaron a sonar las campanadas; apenas quedaba un cuarto.

Salimos del palacio y empezamos a ver por dónde escalar la muralla, dado que mi compañero aún no se había recuperado. Era un muro recto, sin asideros, completamente imposible de escalar por ningún lado.

— *Déjame esto a mí.*

— Aún no te has recuperado, deberías descansar para cuando lo necesitemos.

— *Esto no es nada, lo vas a pasar peor tú.*

— ¿Cómo? – No me dio tiempo a decir nada más porque sentí como alguien me obligaba a transformarme en animal: en un cárabo.

— *Ahora ponte a volar que no tenemos toda la noche. Aún me resulta increíble que nunca te acuerdes de que puedes hacer esto.* – Me espetó al mismo tiempo que alcé el vuelo.

Al rato de ascender por la inmensa muralla llegamos al techo de una de las partes cubiertas de las almenas. En el momento en el que me posé, recuperé mi cuerpo humano.

— Me acuerdo, pero es muy desagradable. – Bufé mientras me estiraba para volver a sentir los brazos y las piernas en su totalidad –. Se siente demasiado extraño, me estaban entrando ganas de buscar pececillos e insectos.

— *Claro, aunque así te ves más apetitoso.*

— En qué momento acepté ser parte de esto... ¿Crees que ya estarán en posición?

— *Lo sabremos dentro de poco.*

Empezó a sonar la onceava campanada, y comenzó el caos.

Miles de cascarones que antaño fueron personas enfrentaban la entrada occidental del primer círculo, lanzando fuego en botellas a las puertas en su afán de incendiarlas; disparando flechas a los soldados de las murallas con la intención de eliminarlos; y desenvainando espadas, dagas y palos y piedras para enfrentar tanto a unos enemigos, que también tenían familia, como para enfrentarse a aquella época tan oscura y olvidada de la mano del mundo.

Cientos de armaduras vacías se asomaron a las murallas para recibir una flecha en su frente, una botella ardiente en su pecho, o una congoja tan grande que hizo que los jirones que quedaban de sus corazones se repararan para rehusar combatir con los huecos que se apelotonaban en las afueras de la muralla con sus cuerpos desnutridos y sus esperanzas nimias.

Dos sombras nacidas de la misma noche se escurrieron de la luz que iluminaba la muralla y se adentraron en las profundidades de un castillo tan peligroso como oscuro y vacío. Entonces ambas sombras se separaron.

Guido avanzó hasta una de las salas de mayor tamaño, ubicada cerca del centro, con la intención de neutralizar la magia y poder darle ventaja a la otra sombra; Noctis, por su parte, se rezagó en uno de los pasillos y se encomendó por vez primera en lo que llevaba de existencia, no a un dios, no a una religión; sino a una persona, a aquella que adornaba su pésima existencia y terribles sueños: Naia.

Abandoné toda esperanza de salir vivo de allí aquel día, como siempre lo hacía a la hora de hacer un trabajo, mi último pensamiento antes de empezar se lo dediqué a Naia, el único ser dulce e inocente que he conocido jamás: mi ángel.

— *Si ya has terminado con lo que sea que estabas haciendo, puedes empezar a moverte. En todo el interior del recinto ya no existe la magia, así que date prisa y elimina a los magos antes de que me consuma* —. Me informó una de las sombras que emergían de la pared.

— De acuerdo, vamos a ello — Dije mientras me empezaba a mover, con mi acostumbrado sigilo, y sacaba de sus vainas a mis queridísimas hojas, que tanto me habían ayudado —. Veamos por donde empiezo. Guido, ¿crees que me puedas permitir ver con tus ojos? — Le pregunté a la oscuridad.

— *Claro, sólo tienes que concéntrate para poder ver como yo. Ahora date prisa.*

— A sus órdenes, mi capitán —. Dije sarcásticamente mientras me concentraba lo máximo posible en poder ver como lo hice aquella vez.

Entonces las paredes se tornaron transparentes y todas las personas pasaron a ser visibles, todos y cada uno de ellos de un verde intenso. Algunos deambulaban y otros estaban parados, y entre todos ellos, teníamos a una oscuridad que se tragaba todo: Guido.

Corrí sin miedo a que escucharan, todos los magos iban desarmados, dado que no necesitaban armas físicas a la hora de combatir; eso hizo de

mi trabajo una cosa mucho más sencilla a como la había imaginado: sólo tenía que pasar a su lado, disfrutar de su cara de terror al darse cuenta de que no podían defenderse, y cortarles el cuello antes de pasar al siguiente.

Así, antes de la campanada que marcaba la media, no quedaba ningún mago en los interiores.

— Guido, ya está despejado. ¿Ayudamos a los que están fuera o vamos directamente a por el objetivo? – Dije a la nada mientras me encaminaba a la sala donde estaba mi compañero.

— *Deja que combatan por sí mismos. En todo conflicto hay muertos y esta vez no va a ser la excepción incluso si tratas de ayudar.*

— Entonces, vamos a por Deriny –. Volví a mirar en todas direcciones para observar cómo dos pisos por encima de nosotros había dos manchas brillantes –. Creo que hay dos ángeles.

— *Déjame que vea* – Se calló y volvió a mirar para después asentir –. *Esta noche va a ser difícil. Hay dos y ambos poderosos. Que sea lo que tenga que ser; y que se jodan los etéreos.*

— Que sea lo que tenga que ser –. Me mordí la lengua en la última frase, pues mi memoria rescataba el momento en que descubrí que Naia era un ángel.

Mientras las sombras ascendían y recorrían el interior de aquella fortaleza, en sus exteriores los soldados luchaban una vez más; esta vez no contra adversarios de carne y hueso, sino contra sí mismos al no atacar a aquellos que no paraban de tratar de derribar un portón que era el cambio. Y cuando la puerta llegó a empezar a ceder, los soldados no trataron de impedirlo y las sombras ya se hallaban ante su propia puerta.

— ...te ocurra hacerlo, sigo siendo tu superior y debes obedecerme –. Una airada voz femenina atravesaba la puerta ante la que nos encontrábamos mi pequeño león y yo.

— *¡Abre, a qué esperas!* – Me animó un Guido que cada vez crecía más.

— Ya va, ya va –. Contesté a la vez que le pegaba una patada a la puerta y lanzaba un cuchillo a la cabeza del ángel más lejano.

Fue todo muy confuso: el ángel esquivó el cuchillo y trató de golpearme; tanto el otro ángel como Guido hicieron lo posible por evitarlo; y yo me quedé tirado en el suelo por la potencia que guardaba aquel golpe que no

me había llegado ni a dar.

— Vaya, vaya, vaya; ¿pero qué tenemos aquí? Un humano y la sombra de uno que lo fue. No esperaba verte de nuevo después de todo, Guido – Dijo el ángel relamiéndose los labios al decir esa última frase.

— Deja que el humano se vaya, Deriny, Guido lo ha utilizado, no tiene nada de culpa – La voz femenina volvió a tener acto de presencia, esta vez personificada por Naia –. Solo es el instrumento de esa Sombra.

Mi mente dejó de embotarse y vi claramente la escena:

Guido, en su forma de sombra, estaba encerrado en una esfera blanca y transparente que estaba en la mano del ángel.

Naia estaba tirada a mi lado, con su plateada daga desenvainada, pero aparentemente sin fuerzas.

Y Deriny se alzaba en frente de nosotros, con un cuerpo y un rostro que reconocía.

— ¿Atnar? ¿Eres tú?

— Así es, Noctis. Tienes una oportunidad de postrarte ante mí y salvarte, o morir. ¿Qué elegirás? Puedes darnos las gracias a Naye y a mí por ser tan benevolentes –. Ofreció con una sonrisa en la boca y veneno en la lengua.

— Creo que es muy obvio – Dije mientras hacía el amago de una reverencia y sacaba de su funda una de las dagas de la espalda –. Me postro en agradecimiento a tu perdón.

— Me parece que no me has entendido. De rodillas.

Me arrodillé tragándome mi orgullo y ocultando mi arma como buenamente podía.

— Muy bien, parece que hasta los perros más viejos pueden aprender algunos trucos – Dijo riéndose y dándome palmaditas en la cabeza –. Creo que ahora dejaré a mi superiora hacer lo que le plazca contigo –. Me dijo mientras miraba a Naia.

Me levanté repentinamente y corté su mano derecha, la misma con la que canalizaba su poder y me daba las palmaditas. Con esto, terminé la vejación que me estaba haciendo y liberé a Guido.

— Mucho me temo, Atnar, que este perro no va a aprender más trucos.

— Te di a elegir por respeto a mi superior, que tanto aprecio te tiene; pero no me voy a jugar perder mi puesto y empezar como caminante dentro de miles de años por alguien como tú. Voy a disfrutar matándote – Me escupió mientras del muñón dónde solía estar su mano dejó de manar su sangre dorada –. De todas formas, esa era mi misión y el motivo por el que Naye está tan enfadada.

— Adelante, inténtalo. Guido... ataca –. De fondo empezó a sonar la doceava campanada.

Al parecer Atnar se había olvidado completamente del prisionero que había hecho al principio. Mi compañero, por su parte, se había fundido con las sombras que inundaban la habitación, que eran las más al ser una noche sin luna.

— ¿Acaso no sabes jugar limpio, Noctis? – Me espetó después de tratar de darme con una espada que materializó de la nada. Atacaba con su zurda, que era casi tan habilidosa como pensé que sería su diestra. Lanzaba estoques, tajos y cintas que lograba esquivar difícilmente gracias a la ayuda que me ofrecían Naia y Guido –. ¿O es que no eres lo suficientemente poderoso para derrotarme? – Me provocó tras fallar otra estocada.

— En eso te equivocas, Deriny. Noctis siempre fue más fuerte de lo que fuimos nosotros alguna vez –. Jadeó Naia mientras trataba de rajarle el muslo con la daga.

— Puede que lleves razón, Deriny, pero esta noche el débil vas a ser tú –. Le devolví el pique con un corte en la mejilla.

— Entonces no te importará que cambien las cosas, ¿no? – Murmuró con cansancio.

— ¿Y cómo se supone que cambien? – Fallé una puñalada a su estómago.

— El método es muy sencillo, sólo tengo que atacar al eslabón más débil – Confesó al cambiar de objetivo, sin darme tiempo de reaccionar para defender a Naia igual que ella había estado haciendo conmigo, y hundir la espada en la espalda de mi compañera –. Tal que así, ¿qué te parece? – Preguntó con ira.

Una vez atravesada y condenada a muerte, Atnar se desvaneció de la misma forma que lo hacíamos Guido y yo, saltando a un vacío insondable para perderse entre la oscuridad que reunían su conciencia y la mía.

— ¡iNO!! ¡iNaia! – Corrí a ella, la tomé en mis brazos mientras contemplaba como la vida trataba de desvanecerse de sus tormentosos ojos –. Nana, no te vayas por favor... no me puedes dejar... – seguía desvaneciéndose entre mis brazos –. ¿Qué será de todos los objetivos que teníamos? ¿De todo lo que te prometí que haríamos juntos? – Le murmuraba al oído mientras le acariciaba la mejilla, el pelo y los labios –. Nana, quédate conmigo por favor. Quédate, por favor –. Mi voz se me rompía mientras ella cada vez estaba más ida.

— *No se puede curar a sí misma, ha perdido demasiado poder en su estancia en este mundo como para curarse. Lo lamento mucho, Noctis* –. Me murmuró mi sombra.

— ¡Pues cúrala con el poder que supuestamente tienes! ¡Me niego a verla morir! – La pena y la rabia bailaban juntas en mi interior, haciendo que me rehusara a admitir lo que mi mente no quería ver.

— *Noctis, sabes que no va a funcionar de todas formas* –. Su voz sonaba pesarosa y cansada.

— Noit, al final sí que hacíamos una bonita pareja, ¿verdad? – El delirio en su voz, lo quebradizo y abandonado del suspiro con que me lo dijo terminó de destruirme el corazón –. Dime Noit, ¿alguna vez me amaste tanto como yo lo hacía?

— Claro que sí, Nana. Tú eras mi motivo para levantarme y luchar por un futuro, tú me ayudaste a seguir adelante, siempre estuviste cuando más te necesitaba y lamento no haber podido hacer lo mismo contigo. Me arrepiento de no haber estado más contigo, me arrepiento de todo lo que no te pude dar, y me arrepiento de no haber llegado a hacerte feliz – Suspiré con lágrimas en los ojos y arrugas en el corazón –. Éramos la pareja más bonita que haya visto jamás el mundo. Y tú siempre fuiste la más radiante.

— No tienes que arrepentirte, me hiciste más feliz de lo que nunca pude imaginar y tú fuiste el que más me ayudó cuando más lo necesitaba. Yo te lo debo todo, no al revés –. Otro suspiro roto salió de sus labios, otra gota de pena fluyó por sus mejillas y más amor del que jamás soñé inundaban sus ojos –. ¿Sería mucho pedir que me llamasas Nana? Por poco tiempo, ya sabes, la vida que debimos tener.

— Te lo seguiré diciendo, pero no te vayas por favor. No te vayas. No te sumas en la oscuridad de donde salí. Quédate para ver los amaneceres que tanto te gustan... ¿vale? – Lágrimas amargas se deslizaban por mis mejillas –. ¿Nana? ¿Naia? No... No me dejes. Quédate aquí hasta que salga el sol como otras veces. El sol que tanto te gusta –. Pero ya no me

escuchaba, ya no existía conmigo.

— *Noctis, ya se ha ido. Vámonos, tienes que descansar* —. Incluso en su voz se percibía un matiz de tristeza.

— No te vayas, por favor. No... no, por favor — Lloraba desconsolado mientras la abrazaba —. Quédate, no soy nada sin ti... Nana... — Sollozaba desconsolado, para entonces sentir como se iba, en un polvo demasiado apagado comparado con el brillo de su alma —. Nana, no. Quédate aquí, no te vayas...

— *Se ha ido ya, como todos los de su especie, en una nube de oro. Vámonos para que la puedas llorar.*

— No —. La honda tristeza y la rabia visceral que se adueñaban de mí proclamaban una determinación que rayaba lo insano —. Tenemos que ir a matar a Atnar.

Capítulo 21

Regicidio

— *Noctis, esa es una pésima idea. Apenas le pudimos contener esta vez y ni con esas llegaste a dañarlo seriamente. Si lo intentamos otra vez no lo vamos a conseguir; todo lo contrario, terminaremos muertos* —. Explicó Guido, llevaba toda la razón, era prudente. Pero eso no era lo que buscaba yo ahora.

— Entonces me reencontraré con ella. Vamos, Guido, tenemos un rey que matar. ¿Puedes localizarlo?

— *Por supuesto que puedo* — suspiró resignado —, *te tenía por alguien más cuerdo. Está en el último piso, en el ala norte.*

— Pues vamos allá.

Mientras dos sombras manchadas de luz corrían al encuentro del ángel que los gobernaba a todos, las armaduras y los cascarones se encontraron en el patio de aquella fortaleza antaño acaso impenetrable. Nadie movía un músculo, nadie quería atacar, nadie quería perder los retazos de alma que guardaban en aquellas cáscaras en las que se encontraban. En esa paz belicosa se mantuvieron estáticos a la espera de unas órdenes o frases que nadie se atrevía a dar.

Las sombras, en cambio, no necesitaban nada más que su propia determinación y eso les sobraba. Rompieron puertas, desenvainaron armas; rehusaron del alma que guardaban en busca de un poder mayor: la venganza. A cualquier precio, con cualquier resultado. Lo único que les importaba en aquel momento era eliminar a quién había segado la pequeña brizna de luz que había nacido en lo más profundo de la oscuridad en la que se hallaban sumidos.

— Guido, vuelve a ser un chynthe, lo vamos a necesitar —. Una orden sin sentido, sin pies ni cabeza, pero mi instinto me gritaba que le hacía falta un empujón a mi acompañante para que volviera a ser lo que era.

Mi animal de hebras oscuras dejó de serlo y se convirtió en una criatura que no había visto jamás. Con cabeza de león y cuerpo escamoso; con un par de alas y sus dos pares de patas.

— *¿Tan pronto? Arawn tardó años en llegar a esto* —. Me dijo un sorprendido Guido.

— Supongo que así está bien. ¿Por qué?

— *Porque vuelvo a ser un chynthe, supongo que eso implica que el alma de Naia se mezcló con la tuya. La buena noticia es que siempre va a estar a tu lado, y la mala es que definitivamente no la vas a poder ver de nuevo.*

— Eres un cabronazo. Me das una de cal y una de arena; ya no sé si quieres reconfortarme o atormentarme. ¿O es que crees acaso que todavía no he sufrido lo suficiente? – La herida aún estaba muy reciente y cada palabra que mi oscuro felino me decía solo hacía que se reabriera y volviera a sangrar.

— *Sólo soy realista, aunque parece que no es de tu agrado* – En ese momento pareció escuchar algo y me intentó avisar –. *iNoctis, agáchate!*

No me dio tiempo a dudar de aquella advertencia, me hice un ovillo mientras apretaba los pomos de las espadas. A una seña de Guido me puse en pie de nuevo, y al mirar a mi alrededor me di cuenta de que todo estaba atravesado limpiamente, como si un mandoble gigante hubiera cortado todo el pasillo.

— Qué temprano terminan algunos el luto. Sinceramente, no creo que te merecieras un solo minuto de su tiempo, y aún con esas, ella te entregó una vida solo para que la tiraras por la borda. ¿Por qué no te rindes? Ya no eres nadie, no eres nada – espetaba enojado Deriny –. Ella ha muerto por tu culpa; déjate matar, deja que cumpla mi misión y puede que los dioses te permitan volver con ella – De mi boca salió una risa seca, irónica y cargada de pena –. ¿De qué te ríes? Naye ha muerto y no tienes ni el pudor de llorarla.

— Atnar o Deriny, tu nombre no me puede importar menos, lo que me hace gracia es todo lo que has dicho – repliqué al tiempo que dejé de reír en seco –. Ella no murió por mi culpa, no fue mi acero lo que la mató. Fuiste tú quien la atravesó, fuiste tú quien tiró su vida por la borda. Yo la he llorado más que nadie haya llorado a alguien, su recuerdo me acompaña y me atormenta. No dudes de que la he amado o de que la he llorado. Pero eso no me trae hasta aquí – Le grité para desahogarme mientras desenvainaba las espadas –. Puede que tú no seas nada, pero yo soy Alein; soy Noctis; soy quien robó la magia de Aria; soy quien asesinó a la nobleza; soy quien mora y controla la noche y las ruinas; soy el alma que acompaña a Naia; y soy tu juez y tu verdugo –. Concluí al tiempo que me lancé con las armas por delante.

Esquivó mi estocada inicial, y la siguiente. Mientras Guido hacía crecer las sombras por toda la habitación para agarrar a Deriny e inmovilizarlo, nosotros danzábamos al son del acero, al son del odio y al son del blanco de mis ojos. La nuestra era una danza asesina, lanzábamos estoques,

patadas y puñetazos; a pesar de faltarle una mano, Atnar era capaz de seguirme el ritmo, aunque el cansancio se le acumulaba en el rostro.

— Dime, Noctis, ¿no te has planteado trabajar a nuestro servicio? Aria te tendría como su paladín -. Sus jadeos entrecortaban unas palabras envenenadas.

— Aria no tiene poder para nada, aunque de todas formas no trabajaría para alguien a quien deseo ejecutar -. Repliqué sin abatimiento ni cansancio alguno.

Nuestra danza se mantuvo mucho más, él estando más desgastado y yo ardiendo por dentro. Ambos dimos pasos en falso que nos valieron cortes profundos y superficiales. Ambos luchábamos por su vida, él por salvarla y yo por destruirla. Y entonces llegamos al final.

— Dime, ¿qué te parecería que cambiaran las cosas? - Pregunté con una sonrisa sombría en el rostro.

— ¿Y cómo se supone que cambien? Ya estás a punto de derrumbarte, no me engañas -. Dijo con una altanería que no le correspondía.

— Es un método muy sencillo, sólo tienes que usar al eslabón más fuerte y todo se termina, ¿o era de otra forma lo que dijiste? - Dije con sarcasmo -. Guido, adelante.

Las sombras se alzaron, agarraron al ángel de todas las extremidades y una de ellas me escaló hasta el hombro.

— *¿Qué quieres que hagamos con él? No se va a poder liberar mientras mantengas la oscuridad* -. Dijo con voz aburrida en su forma de gato mientras se acomodaba en mi hombro.

— Muy sencillo, vamos a eliminarlo - Contesté a mi sombra -. Pero no vamos a ensañarnos, porque nosotros somos mejores de lo que ellos serán jamás - Concluí con una floritura de espada y rebanando su cuello -. Vámonos ya... No hay más que hacer aquí.

— *Vamos al patio, se supone que los hombres de Caltraz deberían de haber terminado, y después nos marchamos.*

Caminé todo el trayecto de vuelta, lloré la mitad, grité el resto y vomité al final.

— *Noctis, ¿estás bien?*

— Sí, sólo es mi cuerpo apuñalándose a sí mismo —. Dije alicaído.

Llegamos al patio, todos los soldados de ambos bandos habían abandonado las armas, eran dos grupos de marionetas mirándose entre sí sin saber muy bien qué hacer. Por eso reaccionaron al verme entrar en escena.

— Ya está, la Ciudadela es nuestra. — Todas las personas allí congregadas gritaron de júbilo; para mí, el mundo se empequeñeció, giró y se tornó negro.

Capítulo 22

Esperanzas y...

Soñé con una vida sesgada e imposible. Soñé con una vida que nunca existió y una paz que nunca me había correspondido. Soñé con sueños y esperanzas. Soñé millares de cosas que nunca pasaron ni pasarán.

Dormí, por no sé cuánto tiempo, y no sé cuántas vidas. Dormí hasta que el dolor y el sufrimiento se redujeron a ser un picor sordo en el fondo de mi corazón. Dormí hasta que Guido tuvo a bien despertarme.

— *Noctis, despierta* –. Dijo una sombra que arañaba mis labios –. *Aún quedan cosas que hacer y sé que no estás muerto.*

— Pff, *¿shoy?* – Respondí con una mente aún encharcada. Por suerte Guido pareció entenderme y me pudo contestar.

— *Feliz año de la Segunda Caída. Hoy empieza un nuevo ciclo. Es solsticio de invierno.* – Concluyó dando por contestada mi pregunta.

— *¿Ia essh un nuevo annio?* – Seguí preguntando mientras me incorporaba y terminaba de despertarme –. *¿Cuánto he dormido?*

— Como mínimo dos meses. *¿Puedes levantarte?*

— Claro que puedo – Cuando bajé los pies de la cama no noté la helada mordida del frío en las plantas, a pesar de este terrible pronóstico, traté de ponerme en pie –. Y...a –. Alcancé a decir antes de caer al suelo como un peso muerto.

— *¿Qué pasa?* – Una voz familiar resonó desde alguna habitación hasta donde me encontraba derrumbado –. *¿Está todo en orden, Guido?*

— *No, no lo está. Mi humano es tan inteligente que ahora está desplomado en el suelo como un gusano.*

— *¿iNoctis se ha despertado?!* – La voz se materializó en una persona cuyo rostro me resultaba familiar –. *¿Por qué no nos has avisado?*

— *Acaba de intentar levantarse y se ha caído. No es nada del otro mundo.*

— Aún sigo vivo. *¿Me ayudáis a levantarme y a andar hasta que vuelva a sentir las piernas?* – Mascullé con el orgullo hundido.

— ¡Claro, ya voy! – El hombre me pasó el brazo por la cintura y tomó el mío para dejarlo en su hombro –. ¿Guido, nos ayudas? – Como respuesta, el gato se tumbó en la cama donde había estado yo originalmente –. Gracias por nada.

— ¿Qué hago aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo puedes ver y hablar con Guido? – Ametrallé a mi benefactor mientras avanzábamos hacia una silla.

— Las preguntas de una en una, por favor. Veamos, te trajimos aquí después de la noche de la Caída; cuando te desmayaste, todos nos preocupamos por tu estado, así que te llevamos a una de las casas del segundo círculo, curamos tus heridas y hemos ido haciendo turnos para velarte. Desde que conquistamos la Ciudadela hemos ido renovando leyes, redirigiendo recursos y remodelando todas las aldeas y la capital; actualmente te encuentras en una ciudad más de entre las diez que se están formando en los alrededores, el plan de Caltraz y el resto es conseguir que todas las villas sean iguales y apostar por el progreso – Llegamos a la silla y me ayudó a sentarme, aunque mis piernas se seguían sintiendo como si fueran de trapo –. ¿Agua? – Negué en silencio –. ¿Dónde me había quedado? Ah, ya. Guido acudió a mí después de las primeras dos semanas en las que estuviste fuera de servicio; al final y por insistencia de tu sombra, terminé siendo tu permanente guardián, como en los viejos tiempos –. Concluyó con una sonrisa tan dulce como la de un niño que no ha roto un plato.

— ¿Quién eres? – Aquella era mi última pregunta, era el dato más irrelevante que se me ocurría, y el que no me daría problemas para entender mientras asimilaba todo lo que me acababa de contar.

— Noctis, soy yo; Zeco –. Hizo una pausa para que pudiera asimilarlo.

— Espera. ¿Entonces? Tú. ¿Eh? – Aquella revelación me sorprendió bastante, como queda claro gracias a este brillante despliegue de la léxica.

— No te preocupes, esta vez no estás detenido – Aclaró entre risas –. Bueno, ¿cómo van esas piernas?

— Empiezo a sentir los pies, así que no muy mal. Pero cuéntame, ¿cómo te las apañaste para sobrevivir?

— El día que se llevaron a todos los reclusos excepto a vosotros me marché. Podría decirse que deserté; yo me había unido a la guardia para velar por el bien de la sociedad, no para matar personas. La idea de tener que ejecutar a aquellos prisioneros que tenían una vida, una historia, algunos hasta familia, me repugnaba. Yo no estoy hecho para matar, Noctis – Concluyó con un deje pesaroso –. Así que me marché al lugar del

que vine. Una villa que está cerca del mar del sur; poco después la revuelta llegó hasta allí. No participé en ningún lado, pero asistía a los heridos como buenamente podía.

— ¿Cómo volviste? ¿Por qué? – Dejé caer mientras empezaba a mover los dedos de los pies y a sentir los pinchazos a lo largo de las piernas.

— Porque me necesitaban. La Ciudadela se desangraba después de que eliminaras al rey; había un caos que Caltraz intentaba calmar con sus hombres. Por eso volví, convencí a los pocos realistas que quedaban de que era posible una vida sin un rey. Entre Caltraz, el pueblo, los realistas y yo conseguimos una ciudad pacífica y justa; y ahora intentamos que este sistema llegue al resto del mundo.

— Eso es demasiado optimista, puede que sirva en los bosquejos y en el sur, pero olvídate de los Reinos del Oriente – Comenté mientras me ponía de pie –. ¿Me puedes decir dónde hay unos zapatos y dónde está Caltraz? Quiero ver cómo va todo lo que me has contado.

— Claro, los zapatos están en tu habitación, a los pies de tu cama. Y te voy a dar una vuelta turística para que veas la renovada capital.

Me dirigí de nuevo a la habitación para calzarme unos zapatos gastados ante la mirada preocupada de Guido.

— ¿Vas a decirme que te pasa o vas a continuar mirándome como si estuviera muerto? – Le planteé después de ponerme los zapatos.

— *No sé cómo decirte esto. Será mejor que lo veas por ti mismo.*

— ¿A qué te refieres? – Pregunté, y al parpadear ya volvía a ver con su visión. Entonces me miré y le miré –. ¿Estamos manchados de blanco?

— *Así es. Y es terrible, ambos estamos marcados.*

— Yo ya lo estaba. Por si no recuerdas, Aria me había marcado hace unos cuantos años.

— *Ya no lo estás. Deberías mirarte en un espejo, afeitarte y cortarte esa melena. Pero eso no es lo importante, la marca que Aria te había puesto ya no existe, ahora tenemos otras.*

— ¿Cómo que otras?

— *Como que tenemos dos. Una de tu amada y otra de Deriny. Una es temporal y la otra es eterna.*

— ¿Con eterna te refieres a que es hasta que me muera? – Al escuchar mencionar a Naia mi mente viajó al pasado, hasta llegar al doloroso recuerdo que había enterrado.

— *Mucho peor que eso. Con eterno me refiero a que ahora somos inmortales* –. Soltó la bomba.

Capítulo 23

Paz y desarrollo

El ruido metálico del salón me sacó de mi ensimismamiento.

— ¿Entonces no podemos morir? – Pregunté al tiempo que caminaba de vuelta al salón.

— *No. Ahora somos condenados a la eternidad* –. Se calló al entrar a la sala.

— Ya veo que te has arreglado. Aunque te hace falta un pequeño arreglo, ¿qué te parece si te recortamos todo ese pelo? – Propuso mientras rodeaba toda la mesa para acercarse –. En la mesa ya tienes todo tu... equipamiento –. Concluyó repugnado.

— Me parece que me hace falta un arreglo urgente – mientras hablaba me equipaba los arneses y las armas –, ¿sabes de alguna barbería decente en la que no me corten el cuello?

— Ahora que lo preguntas, hay una en el cuarto círculo que está muy bien, y te lo dejarán a buen precio –. Ofreció mientras se encaminaba a la puerta.

— ¿En el cuarto círculo? ¿No es muy arriesgado? Además, ¿cuánto tendríamos que andar?

— Sí, en el cuarto círculo. Las cosas han cambiado mucho, ahora los círculos se distinguen por funcionalidad, no por clase social. Espero que no te moleste demasiado dar un pequeño paseo, tendremos que atravesar el segundo y el tercero –. Explicó mientras salía del cuarto.

— Un momento, ¿me estás diciendo que estamos en el primero? – Pregunté y le seguí hasta el exterior, para encontrarme con lo que antes era el castillo.

— Sorprendente, ¿verdad? Ahora el castillo es un hospital y el resto del primer círculo es un refugio para los necesitados durante todo el proceso que te conté.

— Es muy sorprendente, ¿cómo son ahora los círculos? – Curioseé para matar el silencio hasta que llegáramos el tercero.

— El primero es de uso comunitario; el segundo es cultural, con escuelas públicas, las termas, bibliotecas, y demás; el tercero es de tiendas y establecimientos, desde panaderos hasta barberos; el cuarto es el

residencial junto con el quinto y cada círculo tiene su propio mercado –. Me explicó durante nuestro paseo hasta el portón del primero.

El resto del viaje se estableció en un silencio cómodo. Zeco me señalaba la importancia de los edificios y cambios que se habían producido en todo aquel tiempo mientras yo me iba sorprendiendo cada vez más. Había tantas bibliotecas y escuelas... estaba seguro de que todo aquel conocimiento le hubiera encantado a Naia. Definitivamente la podía ver como bibliotecaria o profesora, disfrutando de todo aquel saber; pero ya solo quedaba en mis vanas ilusiones y sueños. En aquel momento, Zeco me señaló una casa que se mantenía en pie, a solas en medio de donde antes había más hogares. Obviamente la reconocí, era la casa que durante tanto tiempo había compartido con Naia, me negué a entrar, porque sabía que eso implicaría una entrada de recuerdos que no estaba dispuesto a consentir.

El tercer círculo había cambiado demasiado desde la última vez que había estado allí. La taberna se había derribado, las casas se habían transformado en tiendas y los segundos pisos en sus almacenes. Había una zona vacía, en todo el medio del camino entre el segundo y el cuarto, era un homenaje a los muertos que habían caído durante toda la revuelta; y al lado en una placa conmemorativa se leían cuatro nombres:

"Noctis, la sombra que precedió al día. **Naia**, la luz que generaba la sombra. **Caltraz**, la voz y el alma de un pueblo. **Zeco**, el parche y sanador de una sociedad."

Era un buen homenaje, pero no me gustaba. No hacía justicia a la verdad, nada podía hacerlo. Ellos no sabían lo que había sucedido, por eso no se lo tuve en cuenta, pero en un hueco entre Naia y yo grabé con el cuchillo:

"Un alma nunca está completa sin su otra mitad."

Después de aquella continuamos paseando hasta llegar al cuarto círculo, donde me dejé guiar por Zeco y me llevó a la casa de un amigo suyo quien, mientras me adecentaba, no paró de decir:

— Menudo revoltijo de pelo que tiene.

Tras lo que me parecieron horas, proclamó que mi vello estaba lo suficientemente recortado como para considerarme persona y no oso; lo que le valió algunas protestas que procedió a ignorar para proseguir con su tarea.

— Y con esto es... todo –. Concluyó.

— Muchas gracias – Balbuceé mientras me palpaba la cabeza y la cara

para hacerme una idea de cómo había quedado -. ¿Cuánto es?

— ¿Cómo? – Preguntó y al ver mi ademán de sacar monedas de la bolsa se apresuró a contestarme -. Por favor, no tiene que darme nada, este es el mínimo favor que puedo hacerle después de habernos ayudado tanto. ¿Quiere verse con un espejo o se fía de mi criterio? – Prosiguió al verme tantearme la cara.

— Me fío, pero me gustaría verme.

— Faltaría más, aquí tiene – me ofreció un espejo que sacó de su bata –, ¿qué le parece?

— Está bien – el espejo me devolvía la mirada con unos ojos grises tormenta, y con un rostro impecablemente afeitado –, me encanta.

— Me alegro de que le guste. Ahora, si no es mucha molestia, ¿le importaría que hablara con Zeco un momento?

— ¿Qué? Claro -. Contesté distraído.

Mientras ellos se dedicaban a hablar en una habitación aparte, yo me dediqué a inspeccionarme la cara: mi rostro seguía siendo el mismo, lo único que parecía guardar alguna discrepancia eran mis ojos, que habían abandonado su disparidad negriblanca para pasarse al gris.

— *Esa es una de las marcas que te dije, parece ser que Naia quería que la recordaras por un tiempo más* – Dijo mi felino compañero al tiempo que emergía de mi sombra -. *Por cierto, tienes a un invitado ahí dentro que lo está pasando muy mal, ¿cuándo lo vas a sacar?*

— Ese es Rap, haz con él lo que quieras, y si no te interesa supongo que lo dejaré por ahí tirado. Estos ojos son preciosos, son como los de ella.

— *Y son temporales. Que no se te olvide, de aquí hasta que mueras.*

— Pero no podemos morir.

— *Ahí está la gracia.*

Me atreví a salir a la calle después de dejar el espejo y de que Zeco se retirase de la conversación con su amigo. La luz me abrumaba, y gracias a Guido ahora tenía la conciencia de que había magos entre nosotros, tanto jóvenes como niños.

— ¿Listo para volver a ver a Caltraz? – Preguntó sin muchas ganas.

— Supongo que sí, ¿dónde se ha escondido esta vez?

— Detrás de ti -. Susurró una voz en mi oreja.

Cabe decir que en aquel momento casi asesino a uno de los dirigentes de aquella renovada ciudad.

— ¡Joder! Intenta no asustarme así para la próxima, te podría haber matado -. Dije mientras retiraba el cuchillo de su cuello.

— Hubiera sido cuanto menos desafortunado, lo tendré en cuenta para la próxima. Es un placer verte de nuevo, Noctis, ha pasado mucho tiempo y has ayudado al nombre del nuevo año. Todos te debemos mucho, por eso quiero ser el primero que te lo diga.

— ¿Decirme qué?

— De acuerdo con la encuesta que hemos hecho a lo largo y ancho de la Ciudadela, la gente pide que aquel que nos permitió ser lo que somos ahora sea el nuevo líder.

— ¿Qué me quieres decir con eso?

— Que ahora la Ciudadela quiere que tú seas su gobernador.

Capítulo 24

...promesas rotas

— Me niego -. Dije automáticamente -. Yo no puedo dirigir a nadie, y menos a una ciudad entera.

— Eso lo teníamos en cuenta, es por eso por lo que el gobierno se va a dividir a partes iguales entre un representante del pueblo, tú y yo.

— Me sigo negando. Tú eres el adecuado para dirigir a esta gente, yo con suerte sé leer y escribir algo más que mi nombre.

— Eso no es esencial, podrías aprender en las escuelas, como hacen algunos adultos.

— Caltraz, esta es la última vez que te lo digo, si hace falta que sea por un tratado que así sea, pero yo me niego a guiar a toda una ciudad.

— ¿Y quién se te ocurre que pueda ejercer el cargo?

— Es muy sencillo, o tú o Zeco -. El aludido se removió detrás de nosotros.

— Pero... eso no puede ser. Piénsalo, Noctis. El pueblo necesita a alguien que les guíe, a alguien que les tienda la mano, a alguien que les atienda y a alguno de los suyos en quien confiar.

— La solución es muy sencilla. Haz buscar a un alquimista llamado Ploit, dile que lo busca Noctis, una vez venga le cuentas todo el embrollo y le dices que todo ha sido idea mía. Ahí tienes al reemplazo, pero de mí olvídate.

— Caltraz, es un buen candidato, pero sería mucho mejor si se lo propongo yo. Ya nos conocemos -. Intervino Zeco.

— Pero... esto no es...

No me quedé durante más conversación, pues Guido optó por retirarnos directamente mediante un salto. Más ángeles y más humanos y elfos se vieron luchando durante el trayecto, más sangre se vio derramada y más tierras fueron arrasadas; aquellos eran los recuerdos de alguien que sobrevivió a una guerra que nadie recuerda; los recuerdos de Guido.

— ¿Y bien? ¿Ahora dónde estamos? - Ya no me sobresaltaba con los saltos que hacíamos, pero nunca sabía a donde habíamos llegado hasta

que mi compañero me lo decía.

— *En la boca del lobo, nos persiguen otra vez. Un dios. Uno poderoso* —. Concluyó con esa frase dando a entender que no se trataba de Aria.

— ¿Podemos pelear? — Pregunté mientras veía que mi lince volvía a crecer hasta convertirse en un Chynthe.

— *Pero no podemos sobrevivir.*

— ***No, no podéis*** —. Irrumpió una voz vibrante —. ***Hacía tiempo que no me dejaban ir de rastreo, tú debes de ser el que mató a Deriny, y tu mascota es Guido, ¿no?*** — Preguntó con aquella voz que llegaba hasta lo más profundo del alma.

— Arin, señor de las criaturas y las bestias, ¿cuál es el motivo que os trae aquí?

— ***Uno muy sencillo, advertiros. Si seguís matando ángeles terminaréis por enfurecernos de verdad y eso llevaría a otra guerra. Supongo que no querrás que se repita, ¿verdad, Guido?***

— Lo que no querrás que suceda es el momento en el que te enviemos al infierno —. Dije con más valentía de la que en realidad sentía.

— ***Mortal, ¿no te das cuenta que de ahí vengo? Recordad mis palabras si queréis evitar que la historia se repita*** —. Dijo antes de desaparecer entre risas.

— *Estamos jodidos.*

— Increíble deducción, genio. ¿Ahora que hacemos?

— *Cazar ángeles. Nuestra misión sigue siendo la misma, y sin sus soldados los dioses no pueden hacer más que usar su poder y agotarse.*

— Suena a un plan de vida muy corto.

— *Puede, pero no de la nuestra.*

— Y aquí es donde de nuevo rompo la promesa.

— *¿Cuál?*

— La única que importa. Mantenerme alejado de cualquier peligro innecesario —. Suspiré resignado —. Por cierto, ¿Aria de qué es diosa?

— *Aria controla la vida y la muerte, junto con la magia.*

— "Mantente alejado de aquellos que portan magia en sus venas" ... Zorra mentirosa -. Bufé furioso -. Vamos, Guido, cacemos más ángeles.

Capítulo 25

Epílogo

Confío que esta historia de mi vida satisfaga vuestra curiosidad, y si no lo hace, que os jodan. Tampoco es que tenga más para contar.

— Noctis, esa no es una buena manera de terminar —. Me corrigió con sutileza Deneb.

— La historia que se diga no destaca por su fino corto y su alto estándar.

— ¿Y eso es todo? — Inquirió Vega —. ¿Qué pasó con Rap?

— Cumplí esa promesa. Dejé que muriera después de haberle ido sacando los ojos y la piel a tiras.

— Eso es asqueroso, cruel y vomitivo —. Se quejó Altair.

— Bueno, no es como si quisiera ponerme a mentir a estas alturas — se escucharon los cuernos de fondo —, vamos ya al frente, nos llaman.

Y así, damas, caballeros, descerebrados, pordioseros, creyentes, frequentadores de burdeles, viejos, niños y desalmados, termina mi historia.

Y ahora empieza la de Deneb, Vega y Altair. Tan jóvenes y condenados.

Capítulo 26

Agradecimientos

Supongo que esta sección es normal y por eso pondré por primera vez algo normal en las 216 páginas que llevo de libro.

Gracias a:

Alba Llorente (ig @albbaart) por ilustrar la portada y hacer los bocetos de los personajes.

Ainhoa, Raquel, Carmen y Sergio por haber leído los borradores y haberme hecho sudar tinta para corregir y adecentar los pasajes de este libro.

Mis lectores de Wattpad, que a pesar de ser pocos, los aprecio profundamente por preferirme antes que a los condenados fan-fiction.

Elisa, por apoyarme y darme ideas para este libro.

De paso aprovecho para deciros que me podéis seguir en instagram para ver avances y contenido exclusivo: @alma_de_pluma_y_tinta

Gracias a todos los que me habéis apoyado, leído y criticado. Gracias a los que me habéis hecho la vida imposible y gracias a quienes me la habéis facilitado.

Este es otro triste recuerdo para la colección.

Este es el final de otra historia, de otro libro. Pero recordad que los finales tienden a ser el principio de otras historias.